



CATALINA BARCENA

en

PRIMAVERA

EN OTOÑO



de
Carmen Guillén

[Illegible scribbled signature]

PRIMAVERA EN OTOÑO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Dirección: FRANCISCO-MARÍO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 15551 - Barcelona

Primavera en Otoño

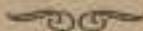
Adaptación de la famosa comedia de G. MARTÍNEZ SIERRA

Dirección de EUGENE J. FORDE

Supervisión de GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Adaptación cinematográfica de JOSÉ LÓPEZ RUBIO
y JOHN REINHARDT

Es un film FOX
HABLADO EN ESPAÑOL
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 290
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Reparto

Eless	<i>CATALINA BÀRCENA</i>
Juan Manuel	<i>Raoul Roullien</i>
Enrique	<i>Antonio Moreno</i>
Rosina	<i>Mimi Aguglia</i>
Manolo	<i>Julio Peña</i>
Agustina	<i>Luona Alcañiz</i>
Ama Justa	<i>Maria Calvo</i>
Guarda	<i>Romualdo Tirado</i>
Nena	<i>Hilda Moreno</i>

etc.

A manera de prólogo

CATALINA BÁRCENA y GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

"Ediciones Bistagne" se honra nuevamente publicando el argumento de la adaptación cinematográfica de la magnífica comedia de G. Martínez Sierra, PRIMAVERA EN OTOÑO, que nuestros fieles lectores acogerán con la misma simpatía que le dispensaron al de la anterior producción, MAMÁ.

Por segunda vez nos cabe el honor y el placer de presentar a Catalina Bárcena, espiritual actriz hecha de la más pura aristocracia, y al maestro que posee el secreto del corazón femenino.

¿Cómo hacer el elogio de ambos favoritos de las musas?

Eduardo Marquina y Rafael Cansinos Arques lo han hecho de un modo insuperable en "Un Teatro de Arte en España". Leámoselos:

El arte de Catalina Bárcena arraiga en la vida misma, y como en las hierbecillas mansas, pegaditas al terreno, lejos de enmascararlo, acentúan con sus puntitos de flores blancas, amarillas, azules o rojas, los relieves, las líneas, las concavidades, toda la topografía y toda la fisonomía del pedacito de tierra en que cordialmente arraigan...

Toda la poesía de la naturaleza llena de imprevisto y fantasía junto al vivo realismo de expresión medida y concreta de una mujer normal: he aquí la doble

fórmula de su arte que es un cuartito ordenado, activo y limpio, con un tragaluz sobre el infinito; no cabe en mí concepto, mejor amalgama de medicos; contiene en lo personal lo universal, y si presenta, como hemos visto, voluntarias soluciones de continuidad, no tiene cerrado a sus posibles combinaciones de expresión ningún camino...

Tiene una divina voz de ave, de niña y de luz. Como ciertas piedras de toque, su graciosa naturalidad es tal, que repugna lo falso por instinto; y al pronunciarlas esforzándose, delata, sin querer, las elaboraciones artificiosas.

Y es una y es muchas, como toda verdadera actriz. Ha dicho con tanta ingenuidad y verdad penas y melancolías de mujer, que se diría que todas y cada una de ellas, en algún momento, alguna vez, han sido suyas...

EDUARDO MARQUINA

Martínez Sierra trae una intención definida y al poner el pie en el mundo de la representación sensible no perderá enteramente el gusto de contemplación soñadora. Y todas sus obras estarán selladas de delicadeza, de anhelo, de arte puro; estarán signadas de belleza...

La alegría del teatro de Martínez Sierra es un contento espiritual, más fatigoso y más hondo, conseguido por la voluntad ayudado de la gracia, como en los entusiasmos del místico y por la pura inocencia, como en los sueños infantiles; es una alegría de alma sencilla, llena de ingenua fe, naturalmente dotada de esperanza o de almas desencantadas que esperan sin embargo porque lo aguardan todo de sí mismas...

El teatro de Martínez Sierra tiene una ética que justifica su existencia; es un teatro moral y lo es doblemente por el sentido y por el fin. Es todo él un grave templo consagrado al deber.

El arquetipo de este teatro son mujeres, mujeres sencillas y animosas... Por la boca de esta mujer moderna vestida con arreglo al último patrón europeo habla el sentido moral de la madre castellana, piadosa, sencilla, familiar...

RAFAEL CANSINOS ASSENS

Primavera en Otoño

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Aquella noche efectuaba su presentación en el Teatro de la Opera de Madrid la eminente diva española Elena Montero. Cantaba "Tristán e Isco", la famosa obra wagneriana. Su bella voz de soprano conmovía a los espectadores. Su arrogancia y su belleza espléndida y rubia contribuían a la jornada de triunfo.

Estaba finalizando el último acto en que ella cantaba majestuosamente su desesperación ante el enamorado galán, muerto a sus pies.

La escena era tétrica, nubarrones negros cruzaban el horizonte po-

niendo sus velos de tristeza sobre una escena dolorosa de guerra y de amor.

Elena calló unos momentos mientras la música seguía desgranando la magnífica armonía de Wagner. La artista, pasando sin transición desde la grandexa de la ópera a las brusquedades de la realidad y llevada de su carácter nervioso, ordenó a los electricistas, los cuales habían estado entreteniéndose jugando partidas de tresillo:

—¡Lux! ¡Lux!

Era preciso dar un poco más de efecto luminoso a la escena. Por

fortuna la sonoridad de la orquesta apagó su voz y en el público no se dieron cuenta de la orden.

Después prosiguió cantando, retoriéndose de dolor ante el cuerpo inmóvil del amado, príncipe rubio de leyenda, con el que quería reunirse por la eternidad.

Todo Madrid se había congregado en el teatro, ávido de aplaudir a la cantante aclamada por los públicos más inteligentes de Europa. La oía con emoción, dominado por su poder de artista.

Entretanto por uno de los corredores del teatro avanzaban muy aprisa dos mujeres. La una era de bastante edad e iba con traje negro y mantilla, denotando cierto aspecto pueblerino. La otra era muy joven, vestida también con sencillez, de rostro encantador y mirada dulce.

Un portero, mal educado y hosco, que se distraía jugando a solas un partido de damas, les impidió el paso.

—¡Eh! ¿Adónde van ustedes?

—Allá dentro—contestó la vieja.

—No se puede pasar.

—Pero la señora Montero está esperándonos...

—Estará, pero a mí no se me han dado órdenes...

Se oyó la delicada voz de Elena

que entonaba el aria final al dejarse caer al lado de su enamorado, apoyando su cabeza sobre el pecho del muerto.

—¿Es mi madre la que canta?—preguntó la joven.

El portero la miró sorprendido.

—¿Su madre?

—Sí. La señora Montero es su madre—explicó la anciana.

El odioso cancrbero hizo un gesto de desdén:

—¡Eso cualquiera lo sabe! Siempre dicen algo así los que quieren colarse!

—Pero si ella ha dejado dicho en el hotel que viniéramos al teatro.

—Pues a mí nadie me ha dado orden y está terminantemente prohibido pasar al escenario.

No parecía cambiar de opinión, y ellas, poco habituadas a la vida de bastidores, se miraron sorprendidas.

—¿Qué hacemos?

—No sé.

Sonaban desde allí los estruendos aplausos con que el público premiaba la obra de la exquisita cantante. Elena salía a saludar, entre las cortinas, con una sonrisa de agradecimiento, sonrisa que se apagaba al volver a entrar en el escenario y protestar de nuevo porque

"no tenían bastante cuidado con las luces".

Un elegante joven vestido de etiqueta y con un ramo de flores en la mano, apareció por un vecino corredor que daba a los cuartos de los artistas. Un hombre se hallaba meditando, reclinado contra la pared, en la que había un letrero con esta inscripción:

Se prohíbe fumar.

Con un cigarrillo en la mano se dirigió a su encuentro:

—¿Me da usted fuego?

En silencio le brindó el hombre su cigarro encendido y volvió a quedar en profunda quietud, violando tranquilamente la orden prohibitiva.

De pronto llegaron a los oídos del joven unas voces femeninas. Eran de las dos mujeres que se quejaban todavía de su situación ante el inflexible portero.

La vieja, moviendo energicamente la cabeza, decía:

—¡Vaya recibimiento al cabo de ocho años!

—Es que soy, de verdad, la hija de la señora Montero.

—Pues esperen a que salga.

Al oír aquella palabra, el joven sonrió alegremente y avanzó al encuentro de las desorientadas mujeres, con un verdadero deseo de facilitarles sus propósitos. Conocía mucho a Elena Montero y ella le agradecería este favor.

—Pero, cómo, ¿eres tú?—dijo a la más joven—. Cualquiera te conoce. ¡Lo que has crecido!...

La aludida sonreía sin reconocer bien a aquel caballero, y la anciana, de carácter arisco y cerrado, lo miraba con desconfianza.

—¿Sabe usted? — explicó él—. La conozco desde que era así...

Y señaló a dos palmos del suelo, distancia que luego elevó unos palmos más.

—Bueno... Así... Pero ven conmigo... Te... te voy a llevar con tu madre. Vamos. No faltaba más.

Y entregando una moneda de plata al portero para que no opusiese obstáculo, avanzó con las dos mujeres por el vecino corredor, y ellas se dejaron conducir, entre temerosas y admiradas.

* * *

En el escenario todo era júbilo y felicitaciones. Muchas manos estrechaban las de Elena, ávidas de felicitar a aquella excelsa artista.

Pero Elena, procurando rehuir el entusiasmo un poco pegajoso de los que no se cansaban de alabarla, se acercó a Rosina, su amiga de confianza y a la vez su ama de llaves, que cuidaba de todo lo relacionado con su administración y que en su juventud había sido también artista.

Rosina era una italiana, de mediana edad, feúcha, pero viva y pizpireta, que tenía la movilidad constante de la ardilla.

—¿Ha venido la niña, Rosina?

—¿Qué niña?

—¿Cuál ha de ser? Mi hija.

—¡Ah, yo no sé!

—Pero ¿no te dije que dieras recado al portero para que la deje pasar?

—¿A mí?

—¡Eres terrible!

El empresario avanzó nervioso hacia Elena.

—Vamos, Elena. Ande pronto, están esperando por usted. A escena... ¡Tristán! ¡Wotan! A escena todas... A saludar otra vez.

—Voy en seguida. Y no te quedes así hecha una tonta, Rosina... Anda, vete en seguida... Anda...

—Pero, Elena...

El empresario se impacientaba, pues el público rompía en aclamaciones delirantes y exigía la presencia de su favorita.

—Pero ¿qué está usted discutiendo con ella ahora?... Vamos, querida, que el público está llamando... Vamos—insistió el empresario.

Salió otra vez Elena a recibir las ovaciones.

Y mientras tanto, las dos mujeres, acompañadas del elegante desconocido que se había brindado a presentarlas a Elena, avanzaban por otro corredor.

—¿Tú conoces a ese señor, Agustina?—preguntaba la vieja en voz baja—. Yo no me acuerdo de haberlo visto nunca...

—No sé, Justa—repuso Agustina en el mismo tono; y luego dirigiéndose al joven—: ¿Le ha dicho a usted mamá que viniera a buscarnos?

El joven, que era entrometido y deseaba siempre hacer méritos ante Elena Montero, sonrió con aire picaresco:

—No, señorita. No he visto a su madre desde el verano pasado... Aún no había nacido usted.

—Ya lo ves — dijo la llamada Justa —, si no es por un extraño, todavía estaríamos dándole conversación al tío de la gorra.

—¿Es usted también del teatro? — lo preguntó Agustina.

—Sí, soy el que vende los caramelos.

Habían llegado entre bastidores y desde allí pudieron contemplar como la cortina se abría y se cerraba varias veces para dar paso a Elena que saludaba sin cansancio al público.

Agustina sonrió alegremente.

—¿Es esa mi madre?

—¿Eh?

—¿Sabe usted?... No le extrañe... No la he visto en tantos años... yo he vivido en el campo, con mi padre... Como ella ha estado co-

rriendo por el mundo, siempre de un lado para otro...

—Ya, ya comprendo...

Y sonreía admirado de que Elena, aquella bellísima criatura, cuya edad no llegaría a los treinta y cinco años, tuviese ya una hija que ya era también una mujer.

Elena pudo librarse al fin de la tiranía de los saludos, y después de estrechar nuevas manos que no paraban de demostrarle su simpatía, dijo:

—Perdóñenme ahora... Estoy tan cansada... Vámonos, Rosina...

Las dos mujeres desaparecieron.

—¿No voy a abrazar a mamá? — dijo Agustina.

—Venga usted... Ahora podrá hacerlo — le contestó el joven.

Y se encaminaron por los estrechos corredores, hacia el camarín de la triunfadora.

* * *

Elena entró en su camarín, creyendo encontrar allí a su hija. Pero la estancia estaba desierta.

—¿Cómo? ¿No decías que estaba aquí? — preguntó a Rosina.

—Yo creí...

—Yo creí... ¿Cuándo vas a estar segura de alguna cosa?

—Pero, Elena...

Habían entrado el empresario y varios artistas de la compañía, que

repetían sus plácemes a la gentil soprano.

Apareció de pronto el joven que había acompañado a Agustina, y avanzando hacia Elena la saludó con rendida adoración:

—¡Elena! ¡Divina Elena!

Ella le miró con alegría, aceptando con vivísimo agrado el ramo de flores de que él era portador.

—¡Juan Manuel! ¡Juan Manuel! ¿Cuándo has llegado? ¡Qué sorpresa!

—¡Un momento! Ahora es cuando viene la gran sorpresa.

—¿Sorpresa? ¿A qué viene eso? ¿Qué locura se te habrá ocurrido?

—Verás.

Cogió un mantón de Manila que había sobre un diván y lo extendió ante la puerta.

—¿Ves? — dijo, dándole varias vueltas en rápido juego de prestidigitador—. Nada por aquí... Nada por allí... nada por aquí...

—Pero ¿qué te propones?

Todos le miraban con extrañeza, pero él continuó:

—¡Atención! Una, dos, tres...

Y apartando bruscamente el mantón de seda, todos vieron aparecer detrás de éste a una bellísima muchacha y pocos momentos después a una mujer de bastante edad.

—¡Ama Justa! ¡Agustina!—gritó Elena, emocionada.

—¡Madre!

—*Voilà!* — sonrió Juan Manuel con gesto pícaro.

—¡Hija mía! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Y la abrazó y besó ante la sorpresa de todos, que no podían comprender que Elena, estampa de juventud, tuviese ya una hija que era un vivo retrato juvenil.

—¡Déjame que te mire!... ¡Estás preciosa!... Tienes la misma cara de tu padre, ¿no, Rosina?... ¿Verdad que es un encanto?... ¿Qué tal, ama Justa? ¿Cómo va todo por Andalucía? ¿El señor siempre gruñendo?

—Buenas noches, señorita—dijo secamente el ama.

—¿Pero no ven ustedes? Esta preciosidad es mi hija...

Agustina aparecía aturdida. Muchacha de provincia, que no se había movido jamás de su rincón andaluz, le pesaba aquel ambiente desconocido y frenético de teatro.

—¿Pero de veras es su hija?

—*C'est pas possible!* — indicó una voluminosa francesa, que formaba parte de la compañía.

—Cualquiera lo creería.

—Pero no lo digas, *ma chérie*... Eso envejece mucho.

—¡Enhorabuena!

Todo eran felicitaciones. Agustina las recibía con timidez. Ama Justa miraba de reojo a todos aquellos artistas que, según su concepto pueblerino, eran, por serlo, personas de cuidado.

Juan Manuel, con expresión picaresca, indicó de pronto:

—¿Y de mí no se acuerda nadie?

Elena avanzó hacia él con expresión mimosa y lo presentó a todos.

—¡Oh, es verdad... y éste es mi mejor amigo! Saluda, hombre.

—¿Eh? ¿No tengo nombre?...

—Juan Manuel Valladares... Su principal ocupación es la de admirarme; en segundo lugar es *attaché* de la Embajada del Brasil en París... Ha venido a Madrid... ¿a qué has venido?

—A verte.

—Bueno... pero además... ¿qué asuntos diplomáticos?

—Presentarte a tu hija... ¿Te parece poco?

—Bien, bien... Mira, éste es mi empresario... Pobre hombre... se está arruinando... Paoletti, barítono de primera fila... porque desde la segunda ya no se le oye... Madame de Montrésor, treinta años de continuo éxito.

—¿Qué? — dijo la francesa un poco amoscada.

—Bueno, veinte.

—¡Ah!

—Nena Torres, la segunda soprano del mundo.

Y señaló a una morena de ojos de pasión, quien indicó:

—¿Cuál es la primera?

—Eva, por supuesto... — indicó, mirando a otra muchacha—. Y éste es Monti, el bajo que canta más alto.

Y con aquella frecuente movilidad de su carácter, después de aquella presentación majestuosa, gritó a Rosina, yendo de un lado a otro, con verdadera impetuosidad:

—¡Rosina! ¡Pronto! El abrigo, me cambiaré en casa... Vamos, pronto... *Addio... Oh, sono tanto stanco... Buenas noches a todos... Adieu, ma chérie... A demain, adiós... Muchas gracias... Grazie, tanto gentile.*

Y aturdiendo a todos con su temperamento de diablillo, de mujer frívola y nimada por el mundo, cogió por un brazo a su hija y dijo luego a Juan Manuel:

—¿Vienes con nosotras, Juan Manuel?

—¡Oh... hasta el fin del mundo!

Salieron. Juan Manuel, enamorado hacía largo tiempo de la gran cantante que pasaba por el mundo sin querer conceder amor, marchó

de buen grado con ella. Agustina apenas pronunciaba palabra, turbada por la presencia de toda aquella gente desconocida y por la inquietud nerviosa de su madre, que contrastaba con el alma serena de ella. Ama Justa iba de profundo mal humor, disgustada contra aquel

ambiente que le parecía pecaminoso y donde no hubiera deseado nunca poner los pies.

¡Oh, rincón de su Andalucía, donde todo era dulce... y no había lenguajes extranjeros... ni cantantes de ópera!

* * *

Al día siguiente, en una de las habitaciones que ocupaban en el hotel, Rosina se entretenía en cortar fotografías de Elena que publicaban los periódicos, y pegarlas en un álbum. Junto a ella Agustina la observaba sonriente.

Ama Justa hacía labor y miraba de reojo a Rosina, cuyo carácter bullicioso le molestaba.

—¡Ay! ¡Hace unos años decían estas mismas cosas de mí! — murmuró Rosina, evocando los días de su juventud, en que había sido cantante, aunque sin llegar a ocupar los primeros puestos.

—Debe dar gusto ser una artista famosa—dijo Agustina.

—Ya lo creo. Yo lo fui tanto como ahora lo es tu madre. Pero tuve la desgracia de perder la voz.

Ama Justa clavó el dardo de su ironía.

—No se nota.

Agustina sonrió.

—Mamá la quiere a usted mucho, Rosina.

—*La credo.* Yo la hice debutar en Roma. La adoro, y ella no tiene para mí más que ternura.

Se dejó oír en aquel momento la voz exaltada y vehemente de Elena.

—¡Rosina! ¡Estúpida!... ¿Dónde estás, *tesa* dura?

—Me parece que ya se ha despertado—dijo Rosina, sonriente.

Y Rosina, siempre cargada de paciencia para aguantar los frecuentes caprichos de la cantante, dirigióse hacia la habitación contigua.

—Pero, ¿dónde estabas?—gritó Elena.— ¿Qué hacías? ¿No te he

dicho que me llamaras a las diez?

—Si te he llamado... Y hasta tomaste el desayuno... Pero te has vuelto a dormir.

—Siempre has de tener tú la razón... ¿Dónde está mi hija?... ¡Agustina!

Entró en el cuarto de baño a tomar su ducha.

Momentos después se presentó la joven, con su ingenuo aire de niña provinciana.

—Buenos días, madre.

—Buenos días, hija... ¿Ya estás vestida?

Y contempló el sencillo traje que ella llevaba, con una mirada de hostilidad, de diosa del buen gusto y de la moda, que protesta contra cualquier vestido que carezca de pura elegancia.

—¡Digo! Ya he oído misa y me he dado un paseo. A las nueve y media estaba aquí de vuelta.

—¡Jesús! ¡Qué horas de levantarse!... ¿Y no tenías otro traje que ponerte?...

—No...

—¿Quién te manda que te vistas así?

—Pues...

—Tu padre, como si lo viera... Siempre ha sido muy ridículo el pobre...

—Papá no se mete en esas co-

sas... Es Manolo, mi novio... Es muy serio y muy formal.

—¡Ah! ¿Es tu novio?... Mira qué gracioso, ¿eh?... Bueno, por de pronto... ¡Rosina!

La italiana apareció volando.

—Pense a la niña un vestidito mío y déjamela presentable. Habrá que ver el novio que te ha escogido tu padre.

Y se reía mientras se enjabonaba nerviosamente.

—Le he escogido yo misma—dijo tímidamente Agustina—. Somos vecinos. Ya ves, siempre hemos estado juntos y le quiero mucho.

—¿Qué sabes tú de eso!

—Pues, hija, si ella no lo sabe—apantó Rosina.

—A ti nadie te ha dado vela en este entierro, Rosina...

La italiana, después de sacar varios trajes del ropero, mostró uno que era una preciosidad.

—Esto le sentará muy bien.

Elena, que sin saber por qué sentía antipatía por el novio de su hija, que tenía tan mal gusto en cuestión de modas, continuó:

—Eso que tú crees no es amor. Es costumbre, aburrimiento. El amor tiene que entrar de pronto, como una luz del cielo; así me entró a mí por tu padre...

Rosina sonrió.

—Pues puedes aconsejarle el sistema. ¡Con lo bien que a ti te ha resultado!

—No sé por qué dices eso. Yo lo he querido siempre, y le quiero. Pero no hemos podido vivir juntos porque la vida es la vida, y porque el pobre tenía un genio imposible.

—Sí, pero no habrá sido él tan tonto como tú. ¡Vaya si se habrá divertido en tantos años! ¡Con lo que son los hombres!... Porque tu madre se ha pasado de buena, ¿sabes? Y no ha pensado nunca más que en su trabajo...

—¿No te callarás?

Pero era verdad lo que Rosina aseguraba. A pesar de su separación matrimonial, realizada por incompatibilidad de caracteres, Elena había llevado una vida intachable y transparente como el cristal de roca.

Jamás se le conoció una pasión, otro amor que no fuera el de su arte. Por el canto sentía una adoración verdadera. Al arte lo sacrificaba todo. Pero en cuestiones de sentimiento había vivido con verdadera austeridad.

Cuando Elena vuelta ya en un lindísimo kimono salió del cuarto de baño, encontró a Agustina ves-

tida con otro traje, que realzaba su belleza y la arrogancia de su juventud de abril.

—¡Ay, qué bien! Ya eres otra cosa. Trae acá.

Y con una barrita de carmín, pintó suave y exquisitamente los labios de la joven, que intentó protestar.

—No, *rouge*, no; que no le gusta a Manolo.

—Supongo que no lo habrá probado. Estáte quieta... ¿Y también ha sido idea de Manolo eso de que, al cabo de los años, nos vayamos a vivir juntos tu padre y yo?

—Sí, ha sido idea suya y, claro, de su familia, que es una gente muy mirada... y como papá estaba conforme...

Rosina sonrió y no pudo menos de decir:

—Sí, ahora te manda a la niña para convencerte y porque sabe que tienes un corazón que no te cabe en el pecho.

—¿Te quieres callar, Rosina?

—Ya me calló, porque no tengo más que decir.

Y se alejó refunfuñando, mientras Elena acababa de realzar su elegante *toilette* y Agustina la contemplaba, admirada de la sabiduría de su madre en esos menesteres de tocador.

* * *

Ams Justa abrió la puerta y apareció Juan Manuel.

—¡Buenos días, Brígida!—dijo sonriente.

—¡Justa!—rectificó la andaluza, enfuriada.

—Perdón... ¿Se ha levantado ya la señora?

—¡Vaya usted a saber!

Y entrando malhumorada en la habitación de Elena, indicó:

—El señor de anoche.

—¿Quién? ¡Ah, Juan Manuel!... —dijo Elena, asomándose un momento—. Agustina, vete a hacerle compañía mientras yo me arreglo... Anda, hija.

Timidamente la muchachita obedeció y fué al saloncito al encuentro del diplomático.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

Juan Manuel le estrechó la mano y bromeó:

—Perdone usted, pero me parece haberla visto antes de ahora.

—Sí, anoche, en el teatro.

—¡Oh!

—¿No es usted el que vende los caramelos?

—Exactamente. Por cierto que me sobró esta caja y he venido a traérsela.

Y le entregó una bonita caja de bombones.

—¡Gracias!

—De veras es usted otra persona—añadió admirado por el cambio que había experimentado en su vestido—. ¿Cómo esa transformación?

—Un traje suyo que me ha puesto mi madre.

—Ya. Y usted ha puesto lo demás.

Llamaron y Justa franqueó la puerta a varias personas de aspecto bullicioso. Eran varios compañeros de Elena, Paoletti, la francesa Montrésor, la bella Nena Torres.

Mademoscille Montrésor, muy efusiva, abrazó a Agustina.

—*Bonjour, ma petite chérie!... Elle est très mignonne, ¿verdad?*

—*Ravissante!*—dijo Paoletti.

—¡Oh, pero si está aquí el joven diplomático!... *Comment ça va, señor embajador?*

—*Attaché, madame*, solamente *attaché*, agregado.

—¿Nada más? ¡Qué injusticia!
Apareció Elena, elegantísima,
cordial, sonriente.

—¡Buenos días!

—¡Oh, Elena... preciosa!... Ven-
go muerta de sed... ¿Quieres darnos
algo de beber?—dijo la Montrésor.

—Sí; ahora mismo.

—De eso me encargo yo—dijo
Juan Manuel.

—Claro, ya lo suponía.

—Es un asunto diplomático.

Y telefoneó.

—Póngame en comunicación con
el bar.

Elena agradeció en tanto las flo-
res que le ofrecían Nena Torres y
Paoletti.

—Pero ¿a qué viene este jardín
botánico?

—Hija, lo mejor que hemos po-
dido encontrar—dijo Nena—. No
sé por qué ya no se hacen flores
bonitas.

—Gracias, muchas gracias.

—Yo te traigo este "griffon"—
dijo la francesa—. Es el modelo
1934, el que se va a llevar este ve-
rano en Deauville.

Y le entregó un blanco perrito de
rizado pelo.

—Me encanta... Pero ¿tú crees
que me irá bien con el color del
pelo?

—En último caso, te puedes te-
ñir.

—¡Ah, sí! ¡Ama Justa!... Que
preparen un histec para el perro.

—No... no... —dijo la francesa
asustadísima—. No come más que
torta de manzana.

—¡Pobrecito!

Nena Torres conectó la radio y
comenzó a bailar una danza ameri-
cana.

Todos la jalearon con entusias-
mo, menos Agustina, que se sentía
a cada momento más desplazada de
su ambiente.

—¡Qué criolla estás, chica!—le
dijo Elena.

Juan Manuel advirtió viendo en-
trar a un criado:

—El cocktail... El cocktail...

Y se dispusieron a beber el licor
helado y de agradable gusto.

—A mí me ha prohibido beber
el médico... pero bebo — dijo la
Montrésor.

Juan Manuel sirvió a Agustina,
pero ella rechazó suavemente.

—Gracias, yo no.

—No tenga usted miedo. Es muy
suave.

—Pero...

Y tuvo que acceder, aunque fuese
sólo beber unos pequeños sorbos.

Paoletti brindó con explosión en-
fática:

—Por nuestro encuentro en Biarritz este verano.

—Yo no sé aún lo que haré— indicó Elena—. Me ofrecen dos contratos; uno para cantar en el Colón de Buenos Aires y otro para hacer películas en Norte América.

—¡Ah!, ¿sí?

—*C'est magnifique!*

—Oye—dijo Manuel—¿por qué no me llevas contigo?... Te advierto que soy un galán de cine extraordinario. Mira... *Hands up!*

Y abrazando a Elena pareció declarararle su amor en una ardiente escena de película, que hizo reír a todos.

—*Darling!*

—*Baby! I love you...*

Elena, echando el busto hacia atrás, figuraba haberse desvanecido de emoción entre los brazos del amante. Y de repente, mientras se encontraba en aquella situación, vió a una figura de hombre que se detenía ante la puerta.

Se incorporó en el acto al propio tiempo que Agustina avanzaba alegremente hacia la puerta.

—¡Manolo!

El recién venido era un hombre joven, alto, delgado, los ojos negros y relucientes, y una expresión de disgusto en la mirada.

—Manolo, ¿cuándo has llegado?

¿Cómo no has avisado que venías?

Voy a presentarte a mi madre.

Manolo, que había interpretado mal la simulación de aquella escena de amor, contestó secamente:

—Bueno.

Agustina le presentó a Elena que sintió que se acentuaba contra el recién venido la hostilidad que ya desde que le hablaron de él había experimentado.

—Manolo Fresneda, mi novio... Mamá.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío.

Las dos expresiones fueron tan bruscas, que se hizo un silencio penoso. Agustina, muy turbada, rompió aquel hielo:

—Bueno... con tu permiso, mamá... nos vamos a la terraza.

—Lo que quieras, hija... Como hace cuarenta y dos horas que no os habéis visto, tendrá mucho que decirte...

Manolo la envolvió en una mirada terrible.

—Mucho.

—Ya... No le he preguntado a usted por mi marido... ¿Lo ha dejado usted bien?

Su voz tenía un dejo de ironía.

—No lo he dejado. Hemos hecho el viaje juntos. Vendrá luego.

—¿Y... y usted ha venido antes a explorar el terreno?

Él no le contestó, y mirando a Agustina dijo:

—¡Vamos!

Desaparecieron los novios hacia la contigua terraza. Agustina estaba disgustada. Manolo iba serio, dominado por la preocupación.

Elena, al verles salir, indicó a sus amigos:

—¿Os habéis fijado en el novio de la niña?

—Sí, mujer—dijo Nena.

—Va a ser la alegría de la casa—comentó Paoletti.

Y todos rieron a costa del provinciano, de genio vivo y miradas bruscas.

* * *

Agustina contempló a Manolo que continuaba taciturno.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti?

—¿A mí?

—Claro. ¿Me quieres decir a qué venía este escándalo?

—¿Qué escándalo?

—El que había ahí dentro.

Agustina sonrió.

—¡Ah! Era mamá que...

—Ya he visto que era tu madre.

—No hacía nada malo.

—Buena, no me interesa. Lo que quiero es que no te vistas con su ropa y que te quites de la cara toda esa pintura, que ya se ha pasado el carnaval.

Hablaba rudamente, con frase tajante, desagradable, producto de un

alma insoportablemente celosa y hostil a toda modernidad.

Ella se lamentó de sus censuras.

—¡Hay que ver! ¡Con lo que yo me he alegrado de que vinieras!

—¡Ya estabas bastante alegre sin mí!

—¿Te molesta que esté contenta?

—Yo sé lo que me molesta y lo que no me molesta. Y lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer, y lo que quiero que sea y lo que no quiero que se te pegun de...

Agustina adivinó un insulto.

—¿De quién?

—De quien yo me sé. Y ya hemos hablado bastante, Agustina. Pasemos a otra cosa.

Y mientras Agustina tenía que

soportar la violencia injusta de su novia, los amigos de Elena se despedían de ésta:

—Adiós, hija; hasta pronto.

—Adiós, Nenn.

—Adiós, *ma chérie*, y despídeme de los tórtolos.

—Muchas gracias por el cocktail.

—De nada, por Dios.

Y Elena, mirando a Juan Manuel, que parecía extrañado de que él también tuviese que marcharse, le dijo con dulzura:

—Voy a cambiarme de traje. No quiero quedarme aquí. Me molesta el galancito de mi hija. Espérame abajo en el bar.

—*All right*.

Y sonriendo alegremente a Elena, de la que siempre se había sentido enamorado, salió con los demás.

Elena cambióse de vestido y luego se dirigió a la terraza donde los novios continuaban en su enfado.

Mirando a Agustina, que parecía muy nerviosa por la actitud de Manolo, la advirtió:

—Bueno, abajo estoy, en el bar, si quieres algo...

—Muy bien.

—Y que sigan ustedes tan divertidos—añadió con ironía, dando una mirada de través a Manolo.

—Lo mismo digo yo, señora —respondió el joven.

—Verdad es que con usted no debe ser fácil divertirse.

—No, señora. Conmigo no se divierte nadie.

—Ya lo veo, ya...

Y se alejó con aquella fina sonrisita de diablillo, que se reía hasta del lucero del alba.

Manolo se revolvió airado, pues contra la burla de Elena no sabía oponer otra cosa que su genio vivo y brutal, de hombre poco avezado a la diplomacia.

—Oye... ¿por qué me habla tu madre de esa forma?

—Pero, si has sido tú...

—¡Ah! ¿Le vas a dar la razón encima?

—Si la tiene, ¿por qué no?

—Ahora va a resultar que yo soy el que tiene que dar explicaciones.

—No es eso, Manolo...

E intentó calmarle con la bondad de la novia siempre pronta a la paz.

Pero él protestó furioso:

—Lo mejor será que me vaya, ¿no?

—¡No!

—Sí. Me voy. Me voy porque soy insoportable y porque te estoy martirizando.

Avanzó en dirección a la puerta, seguido de Agustina, que no comprendía aquel desplante injusto.

—Pero, Manolo...

—No te molestes. Sé el camino.

—¡Manolo!

El novio se había marchado ya, hosco e intransigente, y Agustina se echó a llorar, viendo como sus sentimientos de amor no eran debidamente apreciados por aquel hombre al que faltaba el espíritu de comprensión y de tolerancia, esa flor de las sociedades civilizadas.

¿Por qué aquel odio contra la madre de ella? Elena era una gran mujer, una mujer sin mancha, enamorada de su carrera artística, que llevaba dignamente. ¿Porque no era como ellos, porque su vida había adquirido otros rumbos distintos, habían por eso de despreciarla?

No, de ningún modo. Agustina la quería mucho... y sentía un cierto disgusto contra Manolo porque éste no se hacía cargo de la razón de aquel amor.

* * *

Sentados ante el mostrador del bar, Elena y Juan Manuel departían amablemente mientras tomaban otro cocktail.

—Sí, hijo, sí—decía ella—. Acabo de sufrir el primer choque con ese yerno que voy a tener... Bueno, que me parece que no voy a tener, y no estoy de humor.

—Lo celebro. Cuando te pones seria, me gustas mucho más.

—¿Vas a empezar con las tontearias de siempre?

—Si no las mismas, parecidas.

—Poes te las puedes ahorrar, hijo. Me las sé de memoria.

Y suspiró con aire de cansancio. Ella quería a Juan Manuel como un excelente amigo, que se hacía apreciar por su juventud, por su simpatía, por su bondad... pero de eso a hacer caso de sus romanticismos había un verdadero abismo. El amor complica las cosas y rompe muchas veces la amistad.

Juan Manuel insistió, humorísticamente:

—Es que hoy te las iba a decir en portugués.

—¡Válgame Dios!

—En serio, Elena... te quiero... te quiero y no puedo resignarme a

no ser nada para ti... ¡Ay, tú que hubieras podido salvarme!

—Tiene gracia... Para salvarse un hombre, siempre necesita que se pierda una mujer por él.

—Oye, ¿por qué nos tienes tanta rabia a los hombres?

—Porque me ha bastado con el primero.

—¿Y yo?

—Créeme, es mejor seguir siendo amigos. ¿Para qué vamos a manchar esta amistad tan sincera, tan limpia? Entonces, quizás te perdiera para siempre, y así, te tengo...

—Sí... Me tienes para acompañarte al zapatero y a poner telegramas.

—¡Pobrecito!

Y le miraba entre irónica y compasiva, pero sin que pudiera renunciar a su decisión de no ser nada más que la buena amiga, hasta un poco maternal, de Juan Manuel.

Mientras tanto, Agustina estaba sufriendo por el desplante de Manolo. ¡Tan ilusionada como había estado en espera de la visita de su novio y tan mal como habían terminado las cosas!

De pronto llamaron al teléfono.

—¡Diga! ¡Sí!... ¿Mi padre?... ¿Le ha dicho usted que suba?... Sí... sí... Muchas gracias.

Su rostro perdió la tristeza de

momentos antes. Iba a abrazar a su padre, el ser que más amaba en el mundo, el hombre a cuyo lado había pasado toda la vida.

No tardó en aparecer Enrique, su padre.

—¡Qué alegría! ¡Papá! ¡Papá!

—¡Hola, hija mía!

Era Enrique un hombre de unos cuarenta años, alto y moreno y en los ojos todo el brillo y el ardor de su tierra andaluza, donde había pasado la vida. De altivo carácter, tenía virtudes de hidalgo y corazón de oro.

Agustina, al sentirse abrazada por su padre, no pudo menos de sollozar, pensando en su escena violenta con Manolo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás disgustada?

—No... Es que ha venido Manolo. Hemos tenido unas palabras y se ha ido enfadado.

El padre se echó a reír no dando demasiada importancia a esas nubes de verano que ensombrecen el cariño de los novios.

—Vaya, vaya... No te preocupes. Todo se arreglará... ¿Dónde está tu madre?

—Abajo, en el bar.

—¿En el bar?...

Suspiró tristemente... Aquella vida de agitación, de modernismo, de

Elena, siempre le había disgustado. Y él la quería, sin embargo, y venía dispuesto, por amor a su hija, a una reconciliación que pusiera fin a tantos conflictos.

—Oye, ¿te ha hablado de mí?— preguntó con interés.

—Sí. Algunas veces.

—Avisala.

Agustina llamó por teléfono.

—Póngame con el bar, por favor. Con la señora Montero...

Poco después se establecía la comunicación. Elena tomaba el receptor de manos de Juan Manuel, quien, siempre de humor, fingió hacer un cocktail con el auricular y el transmisor.

—¿Quién es?... ¡Ah! ¿Tu padre?... Bien, hija, bien... Dile que baje aquí.

Agustina transmitió el recado a su padre.

—Dice que bajas.

A Enrique le hubiera parecido más correcto y oportuno que Elena subiese a la habitación.

—Dile que... bueno... dile que voy.

—Ahora va para allá—comunicó Agustina.

Enrique, después de despedirse de Agustina, marchó apresuradamente en dirección al bar.

En tanto, Juan Manuel interrogaba a Elena.

—¿Es tu marido?

—Sí.

—Entonces... me voy... Me impresionan mucho las escenas sentimentales.

—¿Te veré luego?

—Me verás siempre. Está escrito.

Y después de besar la mano de la artista, salió del bar.

Por la escalera se cruzó con Enrique, sin que ninguno de los dos adivinara la personalidad del otro.

Avanzó el marido por el bar con la emoción de volver a ver a su esposa, de la que estaba separado hacía tantos años y con la que pensaba reconciliarse. Al fin y al cabo sólo tonterías les desunieron; nada grave ni fundamental.

La vió junto al mostrador y su corazón latió con cierta violencia. Arreglóse el nudo de la corbata como un muchacho. Elena estaba hermosa como siempre, juvenil y suave como flor de eterna primavera.

Se acicaló todavía más y murmuró emocionado:

—¡Buenos días, Elena!

Ella, carácter más frío, más indiferente, sonrió al verle.

—Buenos días, Enrique... ¿No me das la mano, siquiera de amigos?

—¡Oh, sí!

—¡Abrazame!

Parecía contenta de aquel encuentro después de tantos años. Aquel hombre le recordaba sus primeros tiempos de juventud, escenas inolvidables, de las que pronto despertó al surgir el choque de dos temperamentos opuestos. Pero ahora no se acordaba de las rencillas sino de la parte amable de su existencia.

—¿No me abrazas?—insistió.

Enrique, tímidamente, miró a la gente que había en el bar y murmuró:

—¿Pero, aquí?

—Sí, hombre. Después de todo, somos marido y mujer.

El la abrazó con timidez.

—¡Más fuerte!—exclamó ella.

Estrechó el abrazo y, al hacerlo, el botón de su manga se enredó un momento con el cabello dorado de la actriz.

—Perdona. La falta de costumbre...

—¿De abrazar?

—De abrazarte.

—¿Qué me miras? ¿Estoy muy cambiada?

—No, por cierto.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Y la volvió a contemplar con

cierta admiración, viendo como para ella no transcurrían los años.

Elena se dispuso a hablar del verdadero motivo de la visita.

—¿Habrás venido a ver a la niña?

—No. He venido a dejar resueltos unos asuntos antes de que se case Agustina.

—Si se casa.

—Naturalmente, si se casa.

—El novio es muy antipático.

—Eso te parecerá a ti. Yo le tengo por un buen muchacho... y a mi hija le gusta.

A Elena le molestó el elogio de Manolo, y dijo con tono agresivo:

—Buena, pues tú dirás qué es lo que querrás de mí, tú, tu hija, el novio de tu hija y la familia del novio de tu hija.

Enrique sonrió. Aquel desplante era muy de su mujer. Siempre el mismo carácter, la misma ansia de mando, la misma voluntad caprichosa.

—Muy sencillo. La familia del chico quiere que normalicemos nuestra situación, porque, según ellos, marido y mujer, deben vivir juntos. De otro modo, se niegan a dar el consentimiento, y yo, que por hacer feliz a mi hija soy capaz de cualquier sacrificio...

—Has decidido que me sacrifi-

que yo y me vaya a vivir al pueblo en tu compañía.

—Otra peor pudieras tener.

—Pudiera, pero no la tengo.

—Yo no he dicho nada.

—Por si acaso... Es gracioso... Tanto tiempo sin acordaros del santo de mi nombre, y ahora que me necesitáis...

Enrique la miró con aeveridad.

—De sobra sabes que te fuiste por tu voluntad a buscar la gloria que te correspondía...

—Y tú no quisiste venir conmigo porque eres un grandísimo egoísta.

—Dios y yo sabemos por qué me quedé.

Elena comenzaba a impacientarse.

—Bueno, el caso es que la imposición de la familia de Manolo me parece una estupidez.

—Eso digo yo.

—¡Valiente negocio para mí!

—Y para mí. Tanto vamos perdiendo el uno como el otro.

A Elena le disgustaron aquellas palabras que tenían una perfidia florentina, y se levantó, abandonando el bar, seguida de Enrique, dirigiéndose a tomar el ascensor.

—No sé qué ibas a perder tú con que yo me fuera vivir contigo — dijo ella.

—La tranquilidad, por lo menos.

—Te advierto que si voy, es para deshacer esa boda ridícula...

—Entonces, no vayas.

—¿Tanto afán tienes que se casen?

—Yo, ninguno: ella. Ya te he dicho lo que puedes hacer. ¿No te conviene? Adviérteselo a la niña, para que sepa que por mí no queda.

—Ahora querrás llevártela a toda prisa.

—No, por cierto. Mientras tú no te canses de tenerla...

—¿También me vas a hacer la misericordia de dejármela unos días?

—¿Quieres que me lleve la niña?

—Quiero que te vayas.

—No digas donde, porque ya tengo billete de vuelta tomado y no puedo cambiar la dirección.

El ascensor les había dejado en el primer piso, y entraron en el departamento de Elena, donde esperaba Agustina.

Esta, al verles llegar, les preguntó con vivo interés, pues de su reconciliación dependía la suerte de su boda:

—¿Os habéis entendido ya?

El padre contestó secamente:

—Me parece que no.

—¡Ah! ¿Te parece?—murmuró Elena.

—¿Qué pasa?

Enrique expuso con frialdad:

—Que tu madre te quiere mucho, mucho; pero tiene una idea del amor maternal muy distinta de la mía. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Me marchó!... Y tú, Agustina, aprovecha la ocasión para divertirte en Madrid unas semanas...

Y luego sin rencor, como el hombre que tiene razón y se permite el lujo de mostrarse generoso, dijo a Elena:

—Adiós, Elena. No te digo nada. Ya sabes que mi casa es siempre tuya, y si no quieres venir a ella como dueña, puedes pasar por ella a tomarte una temporada de descanso.

—¿Pero te vas?

—Hasta más ver.

—Acompaña a tu padre, Agustina.

—No es menester. Soy de confianza.

—¿Adiós, papá!

—¿Adiós, hija!

El padre abandonó la habitación. Quedó Agustina meditando, viendo sus sueños rotos. Elena sentía sin saber por qué un extraño disgusto contra sí misma:

De súbito preguntó a su hija:

—¿Qué estás pensando tú?

Levantó Agustina sus hermosos ojos negros.

—Que me voy yo también.

—¿Eh? ¿Tanto te interesa tu novio?

—No es por eso... Es que tengo miedo de que luego nos cueste más separarnos... y también por papá. Debo estar a su lado.

—¿Le quieres más que a mí, ¿verdad?

—Sí, madre.

—Me gusta la franqueza.

—Ya ves... tantos años sola con él... Él me ha enseñado a andar, a hablar... a quererte.

—Lo poco que me quieres.

—Lo mucho que te quisiera querer... Tengo que irme, madre.

Elena la contempló fijamente. Luego alzó la cabeza. Las palabras de su hija le habían herido en lo más vivo.

—¡Tan testaruda eres como tu padre!... Para que luego se dé tono con sus sacrificios... Mira... Voy a hacer por ti lo que no sería capaz de hacer por nadie.

—¡Madre!

—No, no es lo que tú te figuras. Iré a casa contigo unas semanas, haré lo que bay que hacer, y te con-

vencerás por tus propios ojos de que es imposible.

—¡Madre, qué buena eres!

Abrazándola tiernamente y con un ribete de emoción, Elena mur-

muró, inflamada de amor maternal:

—¡Como que me va a enseñar a mí un hombre, un hombre, a querer a mi hija!... ¡No faltaría más!

* * *

Enrique volvía a hallarse en su dehesa de la Jarilla, situada en Utrera. Una casa hidalga, típicamente andaluza, amueblada con buen gusto, pero sin la afectación de la riqueza. Las habitaciones eran amplias con muebles del más puro estilo español, negros y severos. Todo respiraba comodidad y limpieza.

La casona estaba rodeada de jardines, maravillosamente cuidados. Más allá se extendían los olivares, los campos de pasto del ganado...

Aquella tarde Enrique recibió un telegrama de su esposa, que decía así:

Llegamos esta noche. Abrazos.

Elena.

Una vivísima alegría se apoderó de él. Amaba a Elena, y la noticia de que viniera por una temporada le conmovía, haciéndole pensar en una posibilidad de reconciliación.

—¡Ama Justa! ¡Ama Justa!

No tardó en presentarse la vieja ama de Enrique.

—Niño, ¿qué quieres? ¿Qué te pasa?

—La señora, que llega esta noche.

—¡Vaya por Dios! Tenía que presentarse a estas horas la buena mujer.

—Cuando tengas que hablar de ella te agradeceré que digas "la señora".

—Ya lo sabemos, ya.

—Pero se nos olvida. ¿Está todo listo?

—Desde hace tres días.

—Ahora veremos. En seguida voy para allá.

Al poco se reunió con ama Justa en la habitación que Elena debía ocupar.

Era una estancia amplia, cómoda, en la que nada faltaba.

Enrique dejó sobre el tocador varios frascos de perfumes y pastillas

de oloroso jabón; todas las marcas preferidas por ella.

—Ya no te falta más que traerle al cuarto la mesa del billar—refunfuñó el ama.

Él sonrió y continuó examinándolo todo, quedando contento de la inspección.

Vió sobre la cómoda un retrato suyo y de Elena el día que contrajeron matrimonio y que estaba allí como una reliquia.

Justa continuaba murmurando:

—Agua de olor y jabón especial, como si hasta ahora en esta casa no se hubiesen ustedes lavado sino con arcilla.

—Ama Justa, es inútil que trates de pincharme con indirectas, porque estoy decidido a no enfadarme contigo. Y a seguir haciendo mi santísima voluntad.

—No sé por qué dices eso. Siempre la has hecho.

—Razón de más para que continúe. Encárgate de que preparen un cuarto para el chofer, y otro para la doncella que se traerá...

Justa movió la cabeza al recordar a aquella Rosina tan antipática a sus ojos, tan alejada de lo que, según su criterio, debía ser una buena mujer.

—¿Digo si se la traerá! ¡Buena tarasca la doncellita!... Tres perso-

nas más que se nos entran por la puerta... ¡Ya nos ha caído buena! Y por supuesto que todo lo encontrará mal, con lo que ha trajinado por esas Filadelfias... ¡Y que no habremos sido todos por el mundo lo tontos de remate que hemos sido aquí!

—¿Te quieres callar?

—¡Eso es! Enfádate ahora con esta pobre que te crió a su pecho. ¡Si ya se sabe! Que el que viene de fuera, siempre tiene razón.

—Ya te he dicho mil veces que nadie viene de fuera. La señora estará en su casa lo mismo que yo... ¡Más!... Y cuidate que ahora no haya ruido, porque la señora viene a descansar...

Pero en aquel momento se oyó el bronco rumor de unos automóviles y el eco de voces chillones y de risas escandalosas.

Enrique sonrió mientras Justa se asomaba a la ventana y decía:

—Ya está ahí... Mirala. ¿No decías tú que viene a descansar?

—¡Cállate!

Se asomó también a la ventana y vió que descendían de dos automóviles, no sólo Elena y Agustina, sino también otras personas, absolutamente desconocidas para él.

¿Quiénes eran? En fin; las había invitado Elena y él no podría

hacer otra cosa que transigir y hacer honor a la invitación.

—Llama a la gente—ordenó a Justa.

Poco después entraba en la casa Agustina, que se echaba sonriente en brazos de su padre.

—¿Cómo estás, papá?

—Bien, hija mía.

Apareció en seguida Elena, elegantemente vestida, y con cierta emoción en el semblante.

—¡Buenas noches, Elena!

—¿Qué tal, Enrique? Has rejuvenecido desde el otro día.

Fueron entrando los acompañantes de Elena. Estaban Nena Torres, la francesa, el tenor y el bajo, varios otros artistas, el empresario, y, cerrando la marcha, Juan Manuel.

Unos criados del cortijo entraron a continuación una verdadera montaña de maletas.

Justa alzaba los ojos asombrada y miraba luego a su amo. Esto que llegaba era indudablemente la revolución.

A Enrique no le hicieron demasiada gracia aquellos huéspedes que reían y alborotaban con el carácter franco y jovial de la gente farandulera, pero se dispuso a cumplir los deberes de hospitalidad.

Elena, sonriente, les presentó.

—Mira, aquí estamos todos. Digo, si no nos hemos dejado alguno en Sevilla. Vamos a aprovechar unas semanas de descanso... Te advierto que es el mejor conjunto de ópera que pisa los escenarios. No hemos traído los coros por no abusar. ¡Ah! Y Juan Manuel Valladares, agregado de embajada y agregado a la excursión.

Enrique estrechó la mano de todos, con aquella caballerosidad del hidalgo hospitalario y español, que nunca considera importuno a su huésped.

Juan Manuel le saludó cordialmente.

—Usted perdone... señor... esto es verdaderamente una invasión...

—Sean ustedes bienvenidos a su casa.

Elena miró a su marido.

—Tú no te esperabas esta sorpresa, ¿verdad?

Sonrió él de una manera enigmática, no queriendo manifestar ante los huéspedes lo que pensaba él de semejante sorpresa, y se limitó a decir a los artistas:

—¿Con qué van a debutar ustedes?

—Tú mandas — dijo Elena —, puesto que eres la empresa de gastos.

—Entonces voy a dar órdenes para que preparen los cuartos.

Aquel juego de palabras hacía reír a los alborotados artistas.

Enrique se acercó a ama Justa, que no podía contener su indignación.

—¿Qué se hace con esos titiriteros?—preguntó ella.

—¿Qué se va a hacer? Instalarlos a todos. La casa es bastante grande y no es la primera vez que se llena de gente. Ocupate de todo.

—Es que...

—Y sin refunfuñar.

Se alejó ama Justa, y Enrique, que tenía que esforzarse por no demostrar también la poca gracia que todo aquello le hacía, volvió al lado de los huéspedes.

La artista francesa le dijo con efusión, mientras contemplaba admirada el traje de corte andaluz del dueño de la casa:

—Muchísimas gracias por todo. Encantada de su amabilidad. Dígame usted, ¿no canta nada con ese traje tan bonito?... ¡Claro, qué tonta soy! ¡Matará usted toros!

—Mimi, no empieces ya a coquetear con mi marido... —dijo Elena—. ¡Ah, mañana traerán los equipajes!

Los mozos se quedaron atóntos. Pero ¿qué entenderían por equipa-

jes aquellos invitados? Había ya lo menos cincuenta maletas.

Enrique les invitó a subir a las habitaciones que les destinaban.

—Agustina les acompañará.

Entre risas que chocaban con el ambiente severo de aquella casa, subieron todos la magnífica escalinata hacia el primer piso.

Elena y su marido quedaron aún abajo, en el gran vestíbulo. Ella contempló con emoción aquellas paredes venerables, aquellos muebles, aquel decorado serio y español.

—¿Qué miras?—preguntó él con amabilidad.

—Está todo tan cambiado.

—¡No, mujer! Nada ha cambiado,

—Entonces habré cambiado yo.

—Eso puede ser.

—¿Tú, no?

—¿Yo? Nunca.

Ella sonrió.

—Eso es peor. Tiene gracia. ¿Pues no me he emocionado al verte?

—Pues el otro día en Madrid no te emocionaste precisamente.

—No es lo mismo.

—Será la casa entonces.

—Será... Por cierto, ¿cuál es mi habitación?

—¿Se te ha olvidado?

—Es verdad... ¡La nuestra!

—La tuya. Yo tengo otro cuarto desde que te fuiste.

Elena sintió como una repentina humillación al oírle.

El la trataba con humildad, pero con cierta reserva y no parecía haber olvidado la horrascosa escena de Madrid. En el fondo del alma de Enrique había un gran amor por ella, pero no quería demostrárselo, manteniéndose a distancia.

Un poco disgustada, viendo como su emoción, una emoción tan dulce-

mente femenina, que en aquel instante le hubiese seguramente hecho olvidar todo, había sido tan mal correspondida por Enrique, se limitó Elena a decir con frialdad:

—¡Bien! Ya sé el camino entonces. No te molestes. ¡Buenas noches, Enrique!

—¡Buenas noches!

Enrique la vió desaparecer y luego, suspirando tristemente, se fué al patio que los claveles perfumaban.

* * *

Entró Elena furiosa en su habitación, humillada ante el papel despectivo de su marido. En aquel momento, todavía le duraba la emoción y hubiera querido ser otra vez —acaso sólo por poco tiempo— la mujercita amada por Enrique. Y su anhelo chocaba con la frialdad de él, con el cortés pero indiferente homenaje del esposo.

Al verla, Rosina se echó a reír burdamente, y ella la contempló airosa.

—¿Tú, de qué te ríes?

—La alcoba de Mari-Castaña.

—No seas necia, Rosina. No me bagas hablar. He vivido aquí diez

años sin encontrar mal nada, ¿sabes?... Y me he quitado en este cuarto el velo de novia, y aquí ha nacido mi hija y la he cantado para que se durmiera... ¿Comprendes, imbécil... estúpida... cretina?

Se exaltaba por momentos, y Rosina, sin comprender su estado de ánimo, contestó:

—No has vivido tanto en Sevilla para que te dé por lo sentimental.

—¡Vete! ¡Déjame en paz! ¡No te necesito! ¡Lárgate!

—Aquí te quedas, hija... No te falta más que soñar con...

—¡Déjame en paz, vete!

Elena, con un profundo descon-



— ¡Hija mía! ¡Cuánto tiempo sin verte!



— ... ¿tú crees que me irá bien con el color del pelo?



—¿Vas a empezar con las tonterías de siempre?



—¡Más fuerte!



— Has rejuvenecido desde el otro día.



— A las once, toma la señora un caldo...



— ¿por qué no me cantas una serenata?



—Uno, dos, tres, cuatro.



*— ¡No querías que dejara sola
a mamá y a los invitados!*



— Si que ve usted de primo, joven.



—... fíjate el caso que te hago.



—¿Te figuras que tienes derecho a ponermé en ridículo?

*—¿Es decir que quiterá que me
marche?*



—¿Después de tanto suplicarme!



—¡Salga usted de aquí inmediatamente!



—... hay que ser valientes y mirar al amor cara a cara...

suelo espiritual, fué a sentarse ante el tocador. Sentía una extraña depresión. Vió los jabones, los perfumes favoritos de ella, que la previsión del marido había dejado allí. Se fijó después en un retrato de su hija cuando era todavía una niña... Todos estos recuerdos le herían el alma y acaso por primera vez le hacían meditar en si había equivocado la vida al abandonar los placeres del hogar por la existencia fastuosa de la gloria.

De pronto acariciaron sus oídos el rasgueo de una guitarra y una voz que estonaba una canción flamenca y era como maravilloso suspiro, como cascada de luz en el silencio de la noche.

*No le des vuelta al nio
si quieres entrar en él,
si el palomo es el marío
y la paloma es la mujer,
el caso está decidido.
Debajo de tu ventana
hay una alondra real.
Ábrle la puerta, hermana,
para que pueda volar
a la vera de tu cama.*

Enrique se hallaba sentado en el patio, saboreando un cigarrillo y escuchando los cantos de la servidumbre.

Un poco conmovido descubrió Enrique la silseta de su esposa destacándose en el cuadro de luz de la ventana.

Aquellas dulces y lastimeras canciones de amor le emocionaron. Miró de lejos a su esposa. Sin saber por qué, recordó su noviazgo, los días felices en que ella, sin pensar aún en ser actriz, quería ser sólo mujer y madre...

Se levantó y llevado de un dulce anhelo de permanecer al lado de la esposa, se dirigió al cuarto de Elena.

Ella había abandonado la ventana. El ambiente, los cantos, la soledad le habían producido una inquietud extraña.

Paseaba nerviosa por la habitación. Vió de pronto sobre la cómoda el retrato del día de bodas...

La contemplación de aquella fotografía que le recordaba un día feliz en que todo lo que anhelaba se había realizado, acabó de excitar sus nervios y se echó a reír desaforadamente, con una risa que faltaba poco para que se trocase en llanto.

En aquel momento Enrique entreabrió la puerta y pudo ver como Elena, de espaldas a él, se reía contemplando el retrato de bodas.

Desolado y sin comprender que

aquella risa era inconsciente y producida por la desilusión, y creyendo que era una mofa, volvió a ce-

rrar, rechazando en un momento todos los intentos de reconciliación con que había estado soñando.

* * *

Al día siguiente, todo era movimiento, actividad en la cocina. Ama Justa organizaba las comidas y tenía a su cargo el ajetreo principal.

Toda la servidumbre parecía estar harta de aquellos invitados, tan distintos de como eran las gentes de la casa.

—Al tío de la cara colgando— dijo una sirvienta—, tortilla con mermelada. Nada más que eso.

—¡Echese usted a inventar! — murmuró ama Justa.

—Para la franchuta — exclamó otra criada—, jugo de naranja y huevos crudos, todo revuelto...

—No puede ser.

—Que sí, mujer... ¡Y si la viera qué traje gasta para dormir! Tiene encaje hasta en los botones.

—¡Pues si tú vieras con lo que duerme el del monóculo! — dijo otra.

—¿Con qué?

—Pues... con el monóculo nada más.

Todos rieron hasta que ama Justa protestó:

—¿Os vais a callar?

Pero otra de las criadas prosiguió:

—No he acabado aún. Al alemán, salchichas y *chocrú*... y una taza de café.

—¡Míralo también! — suspiró Justa, desolada ante aquellas estrambóticas comidas, que jamás había confeccionado—. Si salgo de ésta, me pongo hábito.

Entró Rosina con servicio de café con leche.

—Yo de usted me dejaba la puerta abierta—lo dijo ama Justa.

—¡A ver con qué mano la voy a cerrar!

—Contestaciones no le faltan a usted.

—Ni a usted mal genio. A las once, toma la señora un caldo y unas galletas inglesas.

—¡Las galletas inglesas!... Como no las pintemos.

—Hemos traído tres cajas. Se ahorra usted la pintura.

—Que es una cosa que usted no se aborra.

Rosina se echó a reír y se alejó más que de prisa. Y ama Justa y la

servidumbre continuaron comentando desfavorablemente la presencia de todos aquellos intrusos, a los que querrían ver a muchos kilómetros de allí.

* * *

Enrique cruzó el patio y se detuvo ante la reja tras cuyos barrotes asomaba su esposa.

Ella, que parecía haber recobrado la serenidad con la nueva luz del sol, le saludó amablemente.

—¡Buenos días!

Enrique olvidó también lo de la noche última.

—¡Hola! ¿Ya levantada?

—¿Y tú... estás de vuelta tan temprano?

—Salí al amanecer, a los oliveros.

—¿Viene bien la cosecha?

—Superior.

—Oye, ¿qué les vais a poner este año dentro a las aceitunas?

—Huesos.

Rieron los dos.

—Mira, muy original. Oye, ¿por qué no me cantas una serenata?

—Pues, porque he perdido la costumbre y porque ahora la que canta en esta casa eres tú.

—Con mucho gusto, si tú me acompañas...

—A donde quieras.

—Pues a dar una vuelta por el jardín, si te parece. Espérame ahí, que ahora mismo voy.

Momentos después se reunía con él. Pasaron por el jardín, por entre veredas orladas de flores, tapiz luminoso de primavera.

Elena iba con un pijama de seda.

—Bueno, hace una mañana preciosa.

—Se le habrá pegado de ti.

—¡Ah, gracias! Mira, los jazmines... y el cenador... y la veredita que va a la capilla. ¡Ay, cuántos recuerdos!

Con su dulce voz de oro evocaba todos aquellos recuerdos que la emocionaban y le traían los inolvidables tiempos de la juventud.

También Enrique parecía conmovido por aquella excursión sentimental, y murmuró:

—Todo como tú lo dejaste.

—El mismo cielo.

—Los mismos pájaros.

—Ya serán los nietos. ¡Y las palmeras!

—Y los rosales que tú plantaste de tu mano.

—Sí. ¿Cuáles son?

—Aquéllos.

—¿No son aquellos otros? Yo juraría...

—No, no... Aquéllos son.

Elena sonrió a su esposo. La bondad de él llegaba al extremo de decir lo que no era verdad, para complacerla.

—¿Estás tú seguro de que a mí se me ha ocurrido nunca plantar rosales?

—No lo juraría.

Ella, cambiando súbitamente de tono, preguntó:

—Oye, ¿qué hora es?

—Las diez y media.

—Pues no tengo tiempo para nada.

—Pero, ¿qué tienes que hacer?

—Un horror de cosas. Ahora, la

gimnasia, luego tenemos que ir a ver tus toros. A la una campeonato de bridge, a las tres ya no me acuerdo qué, pero algo hay. A las cuatro vamos de excursión a unas cuevas prehistóricas... a las siete estamos de vuelta... Y ya tenemos programa para mañana... y pasado... y el viernes... y el sábado...

—Una buena temporada de descanso, ¿eh?

—Ya ves.

¡Ah, en un momento había desaparecido la mujer sentimental a quien conmueven los recuerdos de su pasado, para dejar paso a la criatura moderna y frívola, cuya existencia es un movimiento y una agitación constantes! Ahí estaba la causa de la separación de caracteres. Enrique amaba la paz y la tranquilidad; ella, el jolgorio, la alegría desenfrenada, el correr de un lado a otro sin ton ni son. Desgraciadamente no podrían entenderse nunca.

Y Elena volvió a su casa para comenzar el programa de la mañana: la gimnasia.

* * *

Cumplióse rigurosamente el programita. Y por la noche se celebró aún una fiesta en el lago que había en el parque.

Enrique no asistió. Le molestaba la compañía de aquellos invitados, cuya alma frívola chocaba con la suya, estudiosa y tenaz.

Juan Manuel, sentado a la vera de Elena la contemplaba con devoción y le repetía por centésima vez sus declaraciones amorosas.

Ella parecía distraída, como si su imaginación volase lejos.

—¿Qué te pasa esta noche? De verdad, de verdad, ¿no te estás interesando por tu marido?

—De verdad, de verdad, ¿a ti qué te importa?

—Si no me importa a mí, que estoy muriéndome por tu cariño desde que se firmó el tratado de Versalles, tú no tienes corazón... Ahora mismo me echo al agua y no vuelvo a salir.

—¿A qué hora quieres que te mande la comida?—le dijo irónica.

—¡Adiós! ¡Para siempre!

Y arrojóse al agua... pero tuvo buen cuidado en reaparecer... por si Elena cambiaba de opinión.

En días sucesivos la jornada fué de una intensidad delirante. Excursiones, visitas a todo lo divino y profano, bailes, música flamenca, fiestas, ascensiones difíciles, largos paseos en automóvil.

En vez de buscar reposo gozando del cielo y de la calma incomparable del rincón andaluz, Elena acentuaba la intensidad de su vida con el vértigo que producen las cosas nuevas.

Todas las mañanas, Elena y sus invitadas realizaban ejercicios gimnásticos en el patio del cortijo. Vestidas con pijamas o finos maillots, efectuaban toda clase de movimientos para dar a su cuerpo la eterna agilidad de la juventud. Agustina, a ruegos de su madre, tomaba también parte en la sesión y seguía el ritmo de aquellas flexiones de piernas.

Elena dirigía los ejercicios.

—Uno, dos, tres, cuatro.

Y cada número señalaba un movimiento distinto.

Dos criadas que estaban fregando el piso contemplaban atónitas a las señoritas.

—Oye, ¿y para qué hacen eso?

—Será para adelgazar.

—No, mujer. Será para engordar.

Ama Justa las sorprendió en sus comentarios.

—¡Largo de aquí!

Pero también dirigió una mirada violentísima a todas aquellas mujeres que hablan venido a trastornar las costumbres de la casa y, lo que era peor, a Agustina...

De pronto apareció Manolo con su aire un poco preocupado y sombrío.

—¿Dónde está Agustina, ama Justa?

—¿Agustina? Ahí la tienes, hijo.

Y Manolo vió con la más grande estupefacción a varias mujeres tendidas en el suelo que realizaban ejercicios al compás de las palabras de Elena:

—Una... dos... derecha... izquierda.

Pero lo que le causó mayor sorpresa fué el ver a Agustina entre las gimnastas.

La llamó con una voz que temblaba de indignación.

—¡Agustina!

Ella corrió a su encuentro. Vestía un finísimo "maillot" que modelaba las agradables líneas de su cuerpo.

—Buenos días, Manolo. Te estuve esperando ayer...

—Quiero hablar contigo a solas. Sabieron los dos, y Nena comentó mirando a Elena:

—¿Tu yerno?

—¿Habéis visto qué cara trae? —dijo Eva, otra artista.

—Un poco dramática, pero nada más—razonó la francesa.

Los novios habían ido a la habitación contigua, y Agustina, sorprendida del gesto adusto de Manolo, le interrogó:

—Pero ¿qué te pasa? Parece que estás disgustado.

—Disgustado no, sorprendido.

—¿De qué?

—¿A ti te parece correcto estar en ese traje delante de todo el mundo? ¿Has visto tú alguna vez así a mis hermanas o a las de Benítez? Las locuras de esa gente están dando ya que hablar en el pueblo.

Pasó Nena, audaz y provocativa, y con una risita que parecía ser una mofa para Manolo, preguntó:

—Agustina, ¿no vienes?

—En seguida.

Luego pasó Eva, también vestida con un "maillot" tentador.

—Andá, Agustina.

Después pasó la francesa y, finalmente, Elena, que dijo:

—Niña, vamos a vestirnos para el paseo a caballo. No tardes.

Cuando hubieron desaparecido, Manolo dijo a su novia:

—Dij que no vas.

—¿Por qué? ¿No vienes tú?

Las palabras de Manolo eran duras, secas, como cortadas a pico.

—Yo no. Ni tú tampoco.

—Pero...

Agustina sentía un gran disgusto. Por primera vez comenzaba a parecerle su novio autoritario y violento.

—No vayas... Perdóname, pero no vayas. Es un capricho. No has estado ni una hora conmigo desde que has vuelto.

—¿No querías que dejara sola a mamá y a los invitados!

—Ya. Los invitados... Son muy amables esos señoritos golfos y esos cómicos, ¿verdad? En cambio, yo soy odioso y antipático, porque te quiero con celos... ¡Sí, con celos!... ¡El que no tiene celos no quiere de veras!... Pero, ¿por qué te ríes?— agregó, viendo que una amarga sonrisa cruzaba por los labios de Agustina.

—Por no llorar.

Y se dirigió nerviosa hacia la puerta.

—¿Te vas?

—Sí, a vestirme.

—Agustina, por favor...

Pero ella ya no le hacía caso, y se dirigió a sus habitaciones, dejando a Manolo en una explosión de furor al verse desobedecido.



Enrique se hallaba en su despacho, paseando nerviosamente. Parecía preocupado ante aquel afán de diversión de su esposa y de los invitados.

De pronto entró Manolo con aire también grave y triste.

—Buenos días, don Enrique.

—¡Ah, tú! Buenos días.

—¿También haciendo ejercicio? Para calmar los nervios será.

—¿De dónde sacas tú que yo estoy nervioso?

—De que lo estoy yo.

—Tus motivos tendrás.

—Los mismos que usted.

Enrique no quiso contestar directamente a la insinuación.

—¿No vas al paseo de hoy?

—No voy por lo que no voy, y de eso vengo a hablar...

Enrique sonrió paternalmente.

Manolo prosiguió:

—Más vale que le sirva a usted de diversión el caso.

—El caso es que Agustina no te hace caso, ¿eh?

—Que no la dejen ni a sol ni a sombra, que no está un minuto conmigo, sin que le entre el hormiguillo de oír lo que están hablando los demás. Está visto que una mujer es siempre del último que llega...

—Una mujer es siempre del hombre que merece llevársela.

—Según eso, usted...

Le puso Enrique la mano en el hombro.

—Mira, hijo: En el mundo no hay más que dos caminos. Paciencia o coraje; o siembras el trigo y esperas a que grane, y molesto y cocerlo y sudar y fastidiarse... o estar al pie del horno cuando sale el pan y llevárselo a puñetazo limpio. Tú verás qué es lo que más te conviene.

Manolo parecía haber aprendido la lección.

—Gracias, don Enrique.

—¿Dónde vas?

Ya no le oía. Había marchado precipitadamente. Enrique sonrió,

convencido de que su futuro yerno había ya escogido la senda para encaminar su futuro.

Manolo fué al encuentro de Agustina que vestía traje de montar.

Le acometió una indignación profunda y se dispuso a que ella realizara su voluntad.

—Te he dicho que no vayas.

Agustina parecía cansada de aquel extraordinario dominio.

—Sí. Ya lo has dicho.

—Pues ya sabes lo que te toca hacer.

—¿En qué tono me hablas?

—En el que se me antoja. Que ya me he cansado yo de que te diviertas tanto sin mí.

Agustina se sentía ofendida. Notaba como en su corazón, ante el constante mal humor de él, iba desapareciendo aquel amor y aquel interés de antaño. Pero quiso mostrarse buena y hacer comprender...

—No te enfades. No tienes motivo. ¡Si no he hecho más que lo que tú querías! Fui a ver a mamá porque se empeñó tu familia, la he traído como me dijisteis todos... y ahora, eres injusto, Manolo, muy injusto conmigo...

Se echó a llorar con el dolor que le producía la falta de tolerancia de Manolo. ¿Porque ella acompa-

ñaba a su madre merecía todos aquellos reproches?

En aquellos instantes llegóse a ellos Elena, quien al ver llorando a su hija sintió algo intenso en su corazón.

—¿Qué es eso? ¿Llorando tú?... ¿Qué pasa? ¿Qué le ha dicho usted?

—Señora, yo...

—No, mamá. El no tiene la culpa. He sido yo, que...

—¿Ha venido usted a eso, Manolo? Pues podía usted haberse aborrazado el paseo.

De buena gana hubiera arañado a aquel muchacho, celoso como un árabe, que parecía tener convertida la mujer en una esclava.

Manolo intentó disculparse.

—No, señora. Es que Agustina es muy impresionable... demasiado, y ha tomado de un modo cuatro observaciones que le he hecho...

—¿Observaciones ya? Sí que va usted de prisa, joven.

—Señora, permítame usted que le diga que en esta cuestión sólo Agustina tiene derecho a quejarse.

— ¡Manolo! ¡Mamá! — gritó Agustina, temerosa del tono con que el novio había hablado a su madre.

Pero Elena no se dejaba arredrar y dijo enérgicamente:

—No faltaría más que aquí un caballero, con sus manos lavadas, se permitiese venir a mi casa a darle un disgusto a mi hija.

—Hasta ahora Agustina no ha necesitado que su madre venga a defenderla.

—Pues ahora puede que lo necesite. Menos mal que he llegado yo a trastornarlo todo.

Manolo la miró con ironía.

—Cuando usted lo dice...

—¡Manolo!—protestó Agustina.

—Tú te callas—dijo su madre.

—El que tiene que callarse aquí soy yo.

—Pues entonces, mejor que mejor. No hay más que hablar. Buenos días.

—A los pies de usted.

—Tú no tardes, ¿eh?, que están todos esperando.

Desapareció Elena, enfurecida, dispuesta a no transigir con aquel muchacho.

Quedó Agustina unos instantes pesurosa, luchando entre obedecer a su madre o a Manolo, cada vez más violento e intransigente.

Oyó con disgusto como cogiéndola por la mano él le decía:

—No vas, ¿entiendes?

Sintió un profundo desamor por él, un anhelo de librarse de aquella tiranía que la esclavizaba.

—Ya verás.

—Mira que te lo digo muy en serio.

—Más en serio te lo digo yo.

—Es que te lo prohíbo.

—Sí?... Pues fijate el caso que te hago.

Y apartándole bruscamente dirigióse al encuentro de sus amigos, dejando a Manolo furioso por su derrota y por aquel gesto de libertad.

Los jinetes estaban ya ante la puerta de la casa, esperando el momento de la partida. Agustina montó en una magnífica yegua jerezana.

Manolo observó con indignación

como ella cumplía su voluntad. Pues habían terminado de modo definitivo. El quería una mujer que no tuviese otra voluntad que la suya.

Elena dijo a Juan Manuel al emprender la marcha:

—Anda, Juan Manuel, acompaña a Agustina, no vaya a hacer alguna locura... a esa edad.

—Voy. ¡Lástima que únicamente a esa edad hagan locuras las mujeres!

Y envolviendo en una mirada apasionada a Elena, que se echó a reír, fué a reunirse con Agustina, y la caravana emprendió la marcha.

* * *

Habían estado todo el día de excursión. Al atardecer y cuando aún se encontraban lejos de la hacienda empezó a llover. El cielo amenazaba verdadera tormenta.

Los jinetes corrieron a la desbandada. Elena, que iba al lado del baritono Paoletti, preguntó:

—Pero ¿y Agustina, dónde está?

—Ya vendrá. No se preocupe. Está con Juan Manuel.

Agustina y el diplomático, que

habían estado juntos durante todo el día, se habían separado del resto de la expedición y les sorprendió la lluvia en pleno bosque.

Juan Manuel, calado hasta los huesos, preguntó:

—¿No sabe usted algún sitio donde podamos guarecernos?

—Sí. Cerca de aquí. En casa de uno de los guardas.

—Vamos.

—Mamá debe estar impaciente. Les hemos perdido de vista.

—Nos entretuvimos hablando... y ellos ya estarán cerca de casa.

—Pero nosotros no podemos continuar el camino con este diluvio...

Poco después se detentaban ante la casa del guarda rural. Este, un hombre campechano, les saludó afectuosamente:

—Buenas tardes, señorita... y la compañía... Parece que llueve, ¿eh?

—Buenas tardes.

Les hizo entrar en la casa donde había fuego en el lar. Juan Manuel quitóse la americana. Agustina se sentó junto al fuego, procurando entrar en reacción.

—Por lo menos aquí estamos seguros.

—¿No se intranquilizarán por usted?—preguntó Juan Manuel.

—Avisaremos por teléfono.

—Quítese usted eso.

Le ayudó a sacarse la chaqueta, y ella quedó en fina blusa.

—Deme usted. Lo pondremos a secar—advirtió, servicial, el guarda.

Y luego, mirándoles con franca simpatía, les dijo:

—La señorita no aparece por aquí más que cuando llueve. La última vez vino con su novio... ¿A que es verdad?

—Verdad.

—Ahora mismo les voy a hacer una taza de te con aguardiente.

Juan Manuel advirtió:

—A mí el aguardiente—nada más.

—¡Olé los hombres!

Agustina se había sentado y Juan Manuel, tomando un banquillo, ocupó un lugar frente a ella. Miró suavemente a aquella criatura cuya conversación le había sido tan agradable durante la jornada, tan agradable, que casi le había hecho olvidar la compañía de Elena.

—La hospitalidad no cambia más que con la clase de vino. En Yokohama, un día de lluvia como éste, me ofrecieron saqué, vino de arroz.

Agustina le miró con atención. Aquel hombre que había viajado tanto, le interesaba, como uno de esos personajes de vida exótica y maravillosa, una vida tan distinta a la de Manolo, por ejemplo.

—¿Es verdad que ha estado usted en el Japón?

—Más de un año.

—¡Jesús, el Japón!...—suspiró el guarda.

Agustina continuó como en éxtasis:

—Hay países que parece que no están más que en las novelas... ¿Y en Cuba ha estado usted?

—Dos veces.

—¿Y en Norteamérica?

—Y en Norteamérica, en Grecia, en Australia, en la India.

El buen guarda, con aquel fino gracejo y sal de su incomparable tierra, sonrió.

—¡Pues no ha corrido ni nada el hombre! ¿Es usted empleado del tren?

—Sí. Maquinista.

Se echaron a reír.

—Digo — añadió el guarda—, ¡Con las ganas que tengo yo de ver aunque no sea más que un túnel...

Agustina parecía abstraída. En sus hermosos ojos se reflejaba esa luz de las ideas fijas y torturadoras.

Juan Manuel la contemplaba con bondad.

—¿En qué piensa usted?

—En todo eso que está tan lejos.

—¿También tiene usted ganas de ver túneles?

—También. Me gustaría recorrer el mundo, aunque fuese a pie.

Sonrió el diplomático. Admirable mujercita romántica, tan dulcemente española, siempre llena de ensueño, de una melancolía vaga de ver muchos horizontes.

—Usted lee muchas novelas, ¿verdad?

—Muchísimas. ¿Y usted?

—Los finales nada más.

—¿Es verdad que se ven pieles rojas en América?

—Sí, pero van en Ford y masticando goma.

—¿Ve usted? Otra desilusión.

—¡Las que habrá usted sufrido en esta vida!

—¡Huy!

—¿Quién lo diría! Si parece que tiene usted en la mano su felicidad.

—¿Yo? ¿Qué felicidad?

—La que usted ha soñado. La de casarse con Manolo. No se ruborice usted, que no es ningún pecado.

—Ya lo sé.

—Tendrá tres o cuatro bebés para perpetuar la lumbre de esos ojos... y si alguna noche, al sentir el viento en la ventana, sueña usted con viajes a países lejanos, siempre le quedará a usted el recurso de releer alguna novela.

Aquellas palabras que parecían dichas en un tono de ironía y que expresaban claramente lo que sería el futuro de Agustina, disgustaron a ésta. Se levantó y, nerviosa, avanzó hacia la ventana.

—¡Vámonos! Ya no llueve.

Juan Manuel sonrió. La lluvia caía en espesa cortina.

—¿Que no llueve?

Y como viese que Agustina no contestaba, le dijo cariñosamente:

—¿Es que se ha enfadado usted conmigo?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Eso pregunto yo. ¿Por qué?

—Porque me quiere usted hacer rabiar.

—Es verdad. Perdóneme usted. ¿Las paces? ¿Sin rencor?

—Bueno. Pero no se figure usted que soy tan inocente como pareceo.

El acarició sus manos y le murmuró:

—Es usted la mujer más mujer que he conocido nunca.

Apareció el guarda.

—Aquí está el te.

—Gracias.

—Y el aguardiente... ¿no se apetece?

Juan Manuel cogió la botella.

—Se apetece.

El guarda estaba contento ante el carácter amable de Juan Manuel, que contrastaba con la severidad siempre un poco agresiva de Manolo.

—Este es más señorito que Manolo—comentó.

Agustina sonrió tristemente.

—¿Por qué?

—Porque es más señorito, y porque se ve que no es del tron, pero que ha ido dentro sentado, fumando unos cigarrros así de largos...

Y señaló cosa de dos palmos.

Y en la cabaña permanecieron hasta que cesó la lluvia. Juan Manuel no se cansó de explicar aventuras de sus viajes... y ella de escucharle con un arrobó infinito, que se traducía en admiración.

* * *

Elena había tenido que meterse en cama. A consecuencia del chaparrón se había resfriado y se sentía con fiebre.

Llevada de su carácter impresionable y nervioso, se agitaba continuamente, con verdaderas muestras de desesperación. Su marido corrió

a su lado, preguntándole con interés sobre su salud.

—¿Qué quieres que me pase?—decía Elena, mirándole furiosa—. Que me ha caído todo el aguacero, que he venido tiritando, que estoy malísima... ¡Rosina! ¡El pulverizador!... Prepara las inhalaciones...

Dame el termómetro. ¡Mi voz! ¡Mira! ¡Ah, ah, ah, ah!...

Y empezó a lanzar unos chillidos extraños.

—¿No ves? ¡Mi voz! Tendría gracia ahora que por una tontería perdiera la voz y tuviese que quedarme aquí para toda la vida... ¡Ay, Rosina!

Se había puesto el termómetro, sosteniéndolo entre los dientes. En sus continuos movimientos le cayó sobre la almohada.

—¡Cálmate, mujer... por Dios!

—¡Ay, Dios mío!... ¿Verdad que tengo fiebre? — dijo a su marido que examinaba la temperatura—. ¿Por qué no dices nada? Di que tengo fiebre...

—Muy poca.

—Muy poca... muy poca... Me tendré que morir para que os deis cuenta de lo mala que estoy... No puedo hablar... Rosina, no puedo hablar...

La doncella lanzó un suspiro.

—Pues no hables.

—Descansa un poco—le aconsejó bondadosamente Enrique—. Es lo que necesitas. Anda, que te ponga Rosina algo caliente en la garganta.

—¿Y para qué? ¿Para qué?

Se agitó de nuevo, presa de gran desesperación, y luego, fatigada de

tanto ajeteo, quedó súbitamente dormida.

Enrique se alejó de puntillas y preguntó a Rosina:

—¿Cree usted que puede haber peligro para su voz?

—No. Si no es más que un enfriamiento ligerísimo. Mañana podrá cantar "Rigoletto", si quiere—contestó sonriente y acostumbrada a las exageraciones de su dueña.

Cuando Enrique salió de la habitación encontróse en el corredor con ama Justa, quien señalándole el salón de la planta baja, que se veía perfectamente desde lo alto de la escalera, le dijo:

—¿También esto te parece a ti bien?

—¿Qué?

—Hazte de nuevas. Como si no lo estuvieras oyendo desde hace tres horas.

Enrique contempló entonces un espectáculo que le causó profundo desagrado. Sus invitados habían bebido más de la cuenta. Uno de ellos se había colocado una supuesta cabeza de toro, hecha de mimbre, mientras el empresario con un estoque figuraba torear al animalito entre el jaleo de todo el grupo, que sin consideración a la casa donde estaba, alborotada a grito pelado.

El empresario simuló matar al

toro, que cayó entre retorcimientos que causaron la hilaridad general.

Los juerguistas se habían tocado con caprichosos gorros y algunos con sombreros cordobeses... Reían como locos y bebían cocktail sin parar. Aturdida por las constantes bebidas, la hermosa Eva se dejaba besar por sus amigos, y Nena Torres, riendo, se subió a una silla, rompiendo involuntariamente un hermoso jarrón. Pero la juerga continuaba, sin cesar, cada vez con un diapasón más alto.

Enrique frunció el ceño y una sensación de disgusto se pintó en su semblante. Ana Justa murmuró furiosa:

—¡Qué gentes! ¡Han descorchado ya media bodega!

—¿También vas a llevar cuenta de las botellas que se beben?

—Y la niña que todavía no ha vuelto...

—Ya ha telefonado que está en casa de Antonio, el guarda.

—Paciencia no te falta.

—Paciencia no me falta mientras yo no quiero que me falte.

—¡Ay, hombres, hombres! Siempre bebiendo los vientos por unas faldas. Lo último que me faltaba que ver... Y todavía que alguno pierda el seso por una mujer que sea de otro, ¡el Señor nos libre!,

pero se comprende... ¡Pero mire usted que andar como andamos en esta casa por la mujer propia!

Enrique contestó nervioso:

—¿Te quieres callar? Anda, déjame en paz.

—¿En paz? Los de abajo son los que no te van a dejar.

Oyóse la bocina de un auto y ama Justa movió la cabeza.

—¡Digo, y ahora viene el que se ha ido a Sevilla!... ¡Ya no falta nadie!

En efecto, momentos después apareció en el vestíbulo el bajo de la compañía, quien dijo a sus compañeros, que le acogieron con una ovación:

—¡Aquí estoy, con lo mejor del tablado de la Malagueña y del Café del Puerto!

Y entraron varias mujeres y hombres con guitarras, gente reclutada en los bajos fondos de los cafés galantes. *Cantaoras y ballaoras* de lo peor.

—Monti, ¡eres grande! — exclamó Nena abrazándole.

—Me parece que he cumplido bien el encargo...

—¡Magnífico! ¡Qué entrada para un final de acto!—dijo el empresario.

—¡Ahora sí que nos van a divertir!—palmoteó la francesa.

—Adelante, caballeros — indicó Monti a sus acompañantes.

Pero cuando los *cantaores* y *bailaoras* se disponían a entrar, Enrique bajó precipitadamente, al propio tiempo que con gesto severo advertía:

—Un momento.

Y al hallarse frente a Monti manifestó:

—Perdone usted, pero esta gente no entra en mi casa.

Monti y sus compañeros quedaron asombrados.

—Ero hombre, ¿por qué?—dijo Monti con desfachatez.

—Porque no y basta. Yo sé el respeto que debo a estas paredes. Ustedes lo han olvidado, por lo visto.

Se hizo un silencio imponente. Monti, provocativo, contestó:

—¿Qué quiere usted... decir?

Los demás intentaron excusarse, diciendo el empresario:

—Un entretenimiento que habíamos organizado.

—Se desorganiza y en paz. Hágame el favor...

—Es que... esto no es manera de tratar a unos invitados, caballero.

Nena exclamó, furiosa, contemplando al dueño de la casa:

—¿Qué dirá Elena?

—Lo que tenga que decir Elena,

me lo dirá a mí. Es mi voluntad y no hay más camino de estar en mi casa que aceptarla...

—Eso es decirnos... — insinuó Monti.

—Eso es decirnos que nos vayamos—terminó el tenor.

—*C'est paz possible!*—lamentóse la francesa.

Pero Enrique con un gesto atajó los comentarios importunos.

—Han sido ustedes bien recibidos en esta casa por venir a ella con quien venían. De mi tolerancia y de mi aguante creo que he dado pruebas. Por esto no paso. Esto es todo.

Monti exclamó exaltado:

—Pues ahora mismo nos vamos.

—¡Naturalmente!—protestó otro de los artistas.

Enrique se inclinó levemente.

—Son ustedes muy dueños.

—Vamos... vamos...

Monti salió con los *cantaores* y *bailaoras* flamencos, atónitos ante el recibimiento poco cordial.

Y los huéspedes subieron la escalinata para ir a sus respectivos cuartos a hacer inmediatamente los equipajes.

—Se arrepentirá usted de eso — clamaba el toco empresario.

La francesa Montrésor no hacía

más que decir ante aquella precipitada marcha:

—¿Por qué ahora mismo?

Y entre voces de enérgica protesta se encaminaron hacia arriba.

—Monti tiene razón—dijo Eva.

—Tiene razón y lo peor es que el otro también tiene razón—contestó Paoletti.

—¡Pues hombre!

—No he visto cosa igual.

—Es intolerable.

—Sí, pero, ¿por qué ahora mismo, digo yo?—repetía la francesa.

Se encaminaron disgustados hacia sus habitaciones. Enrique les vió desfilar, grave e impenable.

En aquel momento llegaban Agustina y Juan Manuel, quienes recogieron asombrados los últimos comentarios.

—¿Qué es esto?—dijo Agustina extrañada.

Ama Justa, que había presenciado con inmensa alegría la escena, le aclaró:

—Pregúntaselo a tu padre.

Juan Manuel corrió a reunirse con sus amigos, mientras Agustina preguntaba:

—Pero, ¿qué ocurre, papá?

—Nada. Vete a tu cuarto.

—¿Y mamá?

—Descansando. Ha llegado un poco enfriada.

—Pero, ¿ha pasado algo?

—Lo que tenía que pasar, más tarde o más temprano. Vete a dormir, hija mía. Es lo mejor. Que descanses.

—Buenas noches.

Juan Manuel habló con Paoletti acerca de la desagradable escena ocurrida.

El italiano le explicaba:

—Nada, que nos hemos ido del seguro y salimos de esta casa un poco más violentamente que entramos.

—Pero es que... Enrique...

—Nos ha dicho por donde se llega antes a Sevilla. Supongo que usted se unirá a la cabalgata de las Walkirias.

Y señaló a sus compañeros, que descendían ya la escalera, deseosos de abandonar cuanto antes aquella casa de donde les habían echado sin consideración.

A Juan Manuel le hizo poquísima gracia la idea de tener que marchar. Precisamente ahora más que nunca quería quedarse allí. Tenía sus razones.

—¿Yo? ¿Unirme con ustedes? ¿Por qué? Al menos tengo que hablar con Elena o con Enrique.

—Allá usted. Pero me parece que nos va usted a seguir pisándo-

nos los neumáticos. Ya sabe usted donde nos tiene.

Y Paoletti fué a reunirse con los

suyos, mientras Juan Mamel vagaba desorientado, sin saber qué partido tomar.

* * *

Elena escuchó desde su habitación voces en el patio y broncas bocinas de automóvil.

—¿Qué pasa?—preguntó a Rosina.

Esta suspiró.

—Tu marido, que los ha puesto en la carretera.

—¿A quiénes?

—A todos tus amigos.

—¡No!

—¡Sí!

Se levantó del lecho, olvidándose de su resfriado. Asomóse a la ventana y comprobó la realidad.

¡Qué horror! ¡Ofenderla de aquel modo!

—Dame algo para ponerme... ¿Pero es posible?... ¿Será capaz?... ¡Pero este hombre se ha vuelto loco!

Y mientras se ponía una bata de seda que Rosina le había entregado, bajó precipitadamente las escaleras, yendo al encuentro de Enrique, que después de su decisión parecía más tranquilo.

Con ademán decidido, le preguntó:

—¿Me quieres decir qué significa esto?... ¿Te figuras que tienes derecho a ponerme en ridículo?

—No he hecho nada más que demostrarles que tienes quien te haga respetar cuando llega el caso.

—Ocho años llevo andando por el mundo y me he sabido defender sola. ¿Sabes lo que te digo?... Que para hacerme desaires como éste podías haberte ahorrado el trabajo de invitarme a venir a tu casa. No sé qué te estorban los que vienen conmigo.

—No me estorban y me parece que lo he probado. ¿Artistas? ¡Bueno! ¿Extravagantes? ¡Bien! ¿Impertinentes? ¡Qué le vamos a hacer! Pero gente sin vergüenza, ¡no no y no!—¡Ya lo sabes!

—¿Es que tú te figuras que yo vivo entre gente de poco más o menos y que soy como ellos si a mano viene?... Pues, hijo, a mí a decente no me gana nadie.

—¿Crees que si no lo supiera te hubiera hecho venir aquí? De sobra sé que eres una mujer honrada, honrada porque sí, porque no puedes menos de serlo.

Aquellas palabras las interpretó mal la mujer, quien sintió el escozor de la humillación.

—¡Ah! ¿Conque soy honrada porque no puedo menos de serlo? Pues, hijo, ocasiones no me han faltado, que no soy tan fea, digo, me parece... y puede que algún día te pese lo que has dicho.

—No me puede pesar nada de lo que hagas más que por ti, ¿lo entiendes? Por ti. Yo he vivido hasta ahora por lo menos en paz; un poco se ha turbado...

—¿Porque he venido yo?

—¡Naturalmente!

—Pues, hijo, pronto se puede serenar el agua.

—Cuento con ello.

—¿Es decir que quieres que me marche?

Enrique la miró con frialdad.

—Si es que no te conviene vivir de acuerdo con mi modo de pensar...

—Está bien.

—Pero no hay prisa.

—Está bien.

—Ya sabes que yo siempre encantado de que estés con nosotros.

—Tantas gracias... Ahora verás tú.

Se alejó humillada, furiosa, viendo como su indignación chocaba con la serenidad de su marido.

—¡Rosina! ¡Las maletas... todo...!

Subió precipitadamente la escalera.

—¡Rosina! ¡Rosina!

La italiana fué a su encuentro.

—¿Qué pasa?

—Pues que nos marchamos ahora mismo.

—¿Pero ahora?

—¿No te lo estoy diciendo? Mi sombrero, mi abrigo. Sin hacer los baúles; que los manden; que se queden anchos... en paz.

Enrique oía sus gritos y sonreía amargamente. Pero nada ni nadie haría torcer su voluntad. En su casa no admitía ciertos hechos. Lamentaba que Elena se marchase; él que había soñado la posibilidad de una reconciliación. Pero comprendía que era imposible. Su esposa era siempre la misma, con su vida que chocaba con la vida apacible de él... Sentía verla marchar. Pero no transigiría con que su casona, honrada y noble, su casona donde se habían casado y había crecido su

hija, pudiera convertirse en lugar él, el honor, la propia estimación de gente indeseable. ¡Eso no! Para era lo primero.

* * *

Elena preparaba febrilmente su equipaje. Daba órdenes a Rosina, que aparecía aturdida a causa de la precipitación.

—¿Pero todavía estás aquí? — dijo, viéndola en su cuarto—. Toma, toma.

Y le dió varios objetos del tocador.

—Hija, no te dan a ti las cosas poco súbitas.

¡Se estaba tan bien en aquella casa! ¡Y tener que marchar así! Salió del cuarto, lamentando aquella determinación.

De pronto llamaron a la puerta:

—¿Se puede?

Reconoció Elena la voz de Juan Manuel y con súbita alegría respondió:

—Pasa, pasa...

Al verle corrió a estrecharle la mano.

—Llegas a tiempo, Juan Manuel.

—¿Qué te pasa?

—Lo mejor que podía sucederme: que me marchó de aquí. Es decir... que me echan. En el primer

barco que salga de Europa, me voy para América. Conque, si quieres hacer conmigo un viaje de recreo, ya puedes tomar el pasaje...

—Es decir, que...

—Alégrate, que más vale llegar a tiempo que rondar un año.

Juan Manuel no parecía precisamente alegre ante aquellas nuevas. Contra lo que Elena podía esperar, la noticia le había dejado malhumorado y bajo una desagradable sorpresa.

Sonriente, intentó calmar su excitación.

—Elena, eres una mujer adorable...

—Andando, ya me lo dirás por el camino.

Pero su voz tuvo un gesto grave, desconocido en él.

—Espera, no sabes cómo te agradezco lo que acabas de decirme. Pero, por lo mismo, es preciso que no lo digas en un estado de ánimo que luego dé ocasión a arrepentirte.

—¿Arrepentirme? Pero, ¿tú te

figuras que ese hombre merece que yo me arrepienta?

—Ahora se trata únicamente de lo que tú mereces.

—¿Y qué merezco yo?

—En primer lugar, ser feliz.

—A eso vamos.

—Por un camino un poco desigual.

Elena le contempló con honda sorpresa. Eran tan extrañas aquellas palabras en boca de Juan Manuel, del hombre que llevaba tantos años proponiéndole su amor, que tardó unos momentos en repenarac.

—Pero, ¿ahora eres tú quien le va a poner peros al camino? ¡Tú... tú...! ¡Después de tanto suplicarme!... ¡Virgen, dónde he venido yo a caer!

Juan Manuel, aturdido, no sabía cómo defender su original punto de vista.

—No es eso, Elena. Es que no quiero que echas a rodar en un instante la felicidad que te espera en esta casa.

—¿Y de dónde te llega a ti, así de golpe, tanta abnegación? ¿Me quieres decir que porque te parece que en esta casa está mi felicidad, renuncias con gusto a lo que hace tan poco tiempo tenías por felicidad tuya?

Juan Manuel bajó los ojos. Sentíase avergonzado.

Elena, cada vez más preocupada ante aquel cambio inconcebible que había de encerrar sin duda alguna transformación misteriosa, continuó:

—¿Por qué miras al suelo? Quizás otra mujer...

Y de pronto dió un grito como si su alma de madre se hubiese iluminado con el faro de la verdad.

—Juan Manuel... ¿Es posible?... ¿Agustina?

El joven no intentó negar.

—Sí... Agustina.

—¿Te has enamorado de mi hija?

Juan Manuel, con voz trémula, confesó:

—Por ser hija tuya creo que he llegado en tan poco tiempo a quererla tanto. En tu hija, está tu gracia, tu espíritu, tu nobleza, tu encanto de mujer tan mujer...

La voz de ella tuvo un deje de amarga ironía:

—¡Mi juventud!

—Perdóname, Elena.

Pero ella le miró con sincero afecto y en sus ojos bañados por una melancolía suave brilló la ráfaga de la alegría.

—¿Por qué?... ¿Tú sabes, criatura, la alegría que me das?

—¡Elena!

Franca, jovial, ella le habló.

—Sí, la alegría. Cada vez que nos hemos encontrado por el mundo me daba rabia pensar que por esa locura tuya había entre nosotros una desconfianza estúpida... Ya ves si tengo que alegrarme de que, al fin, podamos ser buenos amigos. ¡Abrazame, que ya no hay peligro! ¡Amigos, sí, para toda la vida!

Se abrazaron con honda ternura y en aquel preciso instante Enrique entró en la habitación. Sorprendió la caricia y dió un grito de furor, interpretándola equivocadamente:

—¡Elena!

Ella se apartó de los brazos de su amigo y miró a su esposo sin alterarse.

—¡Enrique!

El marido avanzó hacia ellos con una actitud de reconcentrada violencia.

Juan Manuel, comprendiendo lo que pasaba por la imaginación de Enrique, dijo:

—Permítame usted que le explique...

—No hacen falta explicaciones. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

—Pero...

—¡Inmediatamente! Y agradezca usted el que mire que estoy en mi casa.

Su gesto era tan implacable, que Juan Manuel tuvo que inclinarse.

—A sus órdenes.

Desapareció tristemente, y entonces Elena intentó explicar:

—Pero, Enrique...

—Y tú, ¿era ésta tu amenaza? ¿Era esto lo que había de pasarme? Elena le miró estupefacta.

—¿Pero es que te figuras que... precisamente ahora...?

Y empezó a reír como una loca, sentándose en la cama y prorrumpiendo en carcajadas estruendosas.

—¿De qué ríes? ¡Habla! ¿De qué te ríes? — preguntó Enrique, desconcertado ante aquella singular actitud.

—¡Vete! ¡Déjame!... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—¡Elena!

—Pero ¡qué torpes sois los hombres! ¡Ja, ja, ja!

—Explicame, por Dios. ¡Elena, Elena!

Y seguía riendo, sin que su marido pudiera explicarse el motivo de aquella alegría, tan fuera de lugar. Pero era una risa inocente, de mujer bostrosa, que puede mirar al mundo con serenidad.

* * *

A la mañana siguiente Juan Manuel volvió a la casa.

—La señora no ha salido aún de su cuarto—le dijo ama Justa.

—No vengo a ver a la señora.

Y como en aquel momento apareciese Agustina, corrió a su encuentro:

—¡Buenos días, Agustina! No me pregunte usted. Sobran sitios donde pasar una noche en vela.

Agustina, con cierta melancolía, le dijo:

—¿Viene usted a ver a mi madre?

—Vengo a hablar con su padre de usted.

—¿Quiere usted que le vaya a buscar?

—No. Quiero que me haga usted compañía mientras viene... si es que no tiene usted mucho que hacer.

—Tengo toda la vida por delante para no hacer nada.

—Eso sí que es triste.

Se dirigieron a una habitación contigua. Y mientras tanto Elena, en su cuarto, con todo el equipaje listo, no parecía encontrar el momento de marcharse.

Rosina le miraba impaciente.

—Bueno, ¿qué hacemos? ¿Nos vamos o no nos vamos?

—A ti te correrá mucha prisa el marcharte.

—A mí ninguna. Pero como me mandaste anoche de sopetón el hacer los baúles...

Elena sonrió. Todo parecía haber cambiado de ayer a hoy. La entrevista con Juan Manuel había modificado su pensamiento.

—Así los tenemos hechos para cuando nos vayamos, si nos vamos.

—Es que como además dijiste que los vinieran a buscar para llevarlos a la estación y los hombres están aquí por ellos...

Elena meditó unos instantes.

—¿A ti, qué te parece que debo hacer?

—Lo que más te convenga.

—Eso no es decir nada.

—Cuando yo te decía que no vinieras, porque si venías... ¡adiós mi dinero!

—¡Adiós mi dinero! Ni que fuese alguna deshonra el que le tire a una lo único que tiene en el mundo...

—Entonces, quédate.

—¡Quédate! ¡Quédate! Como que es muy fácil decirlo...

—Bueno, ¿se llevan los baúles o no?

—Que se los lleven, aunque no sea más que por no oírte, y que no los vuelva yo a ver más. Nos iremos. ¿Qué se le va a hacer? Ya que te empeñas...

—¿Yo?

—¿Quieres decir que se lleven esos baúles?

Corrió Rosina a cumplimentar el encargo, mientras quedaba Elena con la inquietud de la duda, de no saber si hacía bien en abandonar aquella casa que volvía a tener para ella, a pesar de todo, una fragancia de poesía.

Abajo, en un rincón del patio, ajenos a lo que ocurría, Agustina y Juan Manuel platicaban.

—¿Quiere usted que hablemos en serio, Agustina?

—¿Qué me va usted a decir en serio?

—¿Me promete usted no enfadarse?

—¿Tan grave es?

—Agustina: Me han destinado a la Legación de Tokio. ¿Quiere usted venir al Japón en mi dulce, conyugal y diplomática compañía?

Agustina se levantó, sorprendida

por aquellas palabras. Miró a Juan Manuel, que la contemplaba con ojos cariñosos.

—¡Juan Manuel! ¿A eso le llama usted hablar en serio?

—Sí, Agustina.

—¡Jesús! Pero, ¿usted no comprende? Yo no soy una de esas mujeres de novela que tienen un amor en cada capítulo. Yo ya he tenido el mío...

Y aunque había reñido definitivamente con Manolo, no creía posible que en su corazón naciese otro amor, aunque fuese para un hombre de tan indudable simpatía como Juan Manuel. Pero éste le habló con un afecto y una emoción muy hondas.

—Lo que usted ha tenido no era amor...

La acarició delicadamente, Agustina bajó la mirada. Experimentaba un choque brusco en su corazón.

—¿Usted cree?

—Era la agradable costumbre de dejarse querer... Levante usted los ojos. Hay que ser valientes y mirar al amor cara a cara...

Ella obedeció. Sus hermosos ojos se llenaban de luz.

—Así, y ahora hay que sonreírse un poquito... ¡Gracias, Agustina!

Sonrió, y en su sonrisa hubo una dulce correspondencia. No tuvieron

necesidad de nuevas y ardientes palabras. De esa manera tan bella y sencilla, Juan Manuel había apresado el alma de Agustina, y Agustina se sentía feliz, comprendiendo que el verdadero dueño de su alma era este hombre... que la quería con sinceridad.

* * *

Enrique encontró a dos hombres que habían bajado un voluminoso baúl. Se enteró de que pertenecía a Elena y ordenó:

—Suban de nuevo ese baúl.

Los obreros, a quienes había costado lo indecible manejar el mundo por el reducido espacio de la escalera, suspiraron pacientemente y volvieron a cargarse el regalito.

Enrique, que no estaba dispuesto a que su esposa se marchase, llamó a su cuarto.

—¡Adelante! ¡Ah! ¿tú? — le dijo ella.

—¿Me quieres decir qué significa esto?

Ella, que ante su marido quería conservar siempre su orgullo, le respondió:

—Que me voy, hijo. Que me voy a América a hacer películas. Ya están los baúles camino de Gibraltar.

—Me choca, porque he dicho que los vuelvan a subir.

—¿Tú? Y ¿quién eres tú?

Y se sintió de nuevo pronta a la lucha, viéndose contradecida en sus órdenes.

—Tu marido, por ahora.

—Pues vas tú a ver.

Y saliendo al corredor ordenó a los mozos, que con duras penas habían vuelto a subir el baúl:

—Ya están ustedes bajando esos equipajes.

Los dos hombres refunfuñaron y volvieron a cargarse... el mundo.

Elena, dominada por un espíritu de contradicción y no queriendo de ningún modo soportar las disposiciones de Enrique, gritó a éste:

—¿Es que te crees que hasta para echarme de casa vas a imponer tu voluntad?

—Yo no te echo. Te vas tú, si te vas.

—Y tú te quedas.

—Sí, me quedo.

Ella guardó unos momentos de silencio. ¡Ah, si Enrique se hubiese

mostrado cariñoso, si la hubiera suplicado dulcemente en vez de querer imponerle a rajatabla su voluntad, tal vez se hubiese quedado y aquella reconciliación que los dos querían, pero que no conseguían realizar, hubiese tenido efecto!

Pero como Enrique se mostrase inflexible, como el verdadero dueño de la casa, ella indicó con mal encubierta ironía:

—Por mí, yo ya no tengo qué hacer en esta casa. Ya lo he arreglado todo.

—Pues tú dirás qué has arreglado...

—Pues todo. En primer lugar, la boda de la niña.

—Entonces querrás decir des-arreglar, porque Manolo...

—¿Ves como no das una? Se casa con Juan Manuel, para que lo sepas.

Enrique frunció el ceño.

—¿Es posible?

—¡Claro! Hace falta ser lo torpe que tú eres para no darse cuenta desde el primer día.

—Entonces...

—Sí, hijo. Era un abrazo de suegra... ¡de suegra! ¡Qué horror!

¡Ah, aquellas palabras volvían a proclamar la inocencia de su mujer, de una manera absoluta y total, sin la más ligera sombra! Ya no

quería dejar marchar a la esposa; esta vez la obligaría a quedarse de modo definitivo.

Corrió a la escalera y gritó:

—Suban ustedes ese baúl.

Los dos hombres resoplaron furiosos. Pero ¿qué significaba aquel ejercicio? Se les agotaba la paciencia y no estaba bien que nadie hromease con su sudor. ¿Cuándo acabarían por ponerse de acuerdo? Y, cargando con el baúl, volvieron cuesta arriba.

Ya de vuelta en la habitación, Enrique fué interrogado por Elena:

—¿Qué has ido a hacer?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Como ya no te vas...

—¿Quién te lo ha dicho?

Deseaba quedarse, pero su orgullo era demasiado fuerte para confesar su derrota.

Enrique sonrió con tristeza.

—Perdón. Me figuré que habías vacilado pensando en nosotros. Pero si tanto te conviene ese contrato...

—¿Tú qué harías en mi lugar?

El la miró fijamente.

—En el tuyo, no sé. En el mío, aceptar.

Hubiera ella querido una explosión de amor, el que Enrique la hubiera rogado, con dulce humildad,

que se quedase. Pero como Enrique no parecía muy deseoso de ello, aunque interiormente anhelaba que se quedase, sintió Elena una violenta indignación.

Se marcharía, sí, señor, se marcharía. Nada ni nadie la haría retroceder en su determinación.

—Pues no hay más que hablar. Déjame en paz.

—Lo que tú quieras.

Aquella expresión de aparente frialdad, acabó por exasperarla.

—¡Pues, hombre! Al fin y al cabo, nunca he sido nada para ti. ¿Te vas? ¡Adiós! ¿Vienes? Bien venida, si es por pocos días. ¿Te vuelves a ir? Puente de plata. ¡Con lo tonta que he sido, de no haber podido querer a otro, porque me creía que te quería! ¡No te figures que estoy llorando! ¡Buena, pues, sí, estoy llorando, ea! Porque tengo mucha rabia contra mí misma, porque soy una tonta, nada más que una tonta, y tú un egoísta, nada más que un egoísta.

Empezó a llorar amargamente, con uno de aquellos accesos de desesperación que su carácter le producían.

Enrique no quiso exaltarla más, y se alejó. Y al salir dió nuevamente orden de que bajasen los baúles.

Si ella se quería marchar... que se marchase... Todos quedarían tranquilos. Pero en el fondo del alma sentía una gran tristeza, viendo rotos sus ensueños.

Ahora iba a casarse su hija, no precisamente con Manolo, el novio elegido por él, sino con Juan Manuel, el diplomático. Y él no se opondría a esa boda, si ésta era la voluntad de Agustina. Pero pensó en la soledad que le esperaba en lo sucesivo en aquel caserón donde habrían ido desapareciendo todos los amores de su existencia: primero la esposa, luego la hija adorada que ya no creía suya exclusivamente.

Por un momento sintió el anhelo de volver a entrar en el cuarto de Elena y rogarle que se quedase. Pero su orgullo pudo más. No debía transigir con el carácter de la artista. Si ella se marchaba, no impediría nunca su camino. Si se hubiera quedado... el alma de Enrique se habría llenado de luz.

* * *

Al día siguiente el trasatlántico estaba a punto de zarpar en dirección a América.

Enrique acompañó a Elena hasta el barco. En apariencia habían hecho las paces, conservando cada cual su opinión. Elena iba a marchar a América y él se volvería a su casona de Uirera, más solitaria que nunca.

Junto a la pasarela del buque, un oficial le pidió la documentación y Enrique se la mostró.

—Perfectamente—dijo el oficial, —camarote 343.

—Gracias.

Luego dijo Enrique a Elena entregándole la documentación:

—Guarda el billete y procura que no se te pierda.

Se miraron en silencio. Había llegado el momento de despedirse. Ella estaba apoyada en la borda y él en el último peldaño de la pasarela. En el alma de los dos había el mismo anhelo: perdonar, olvidarlo todo, volver a vivir... como antaño, en los primeros tiempos. Pero ninguno se atrevía a pronunciar esa palabra definitiva de perdón.

Elena, al fin, le brindó la mano enguantada.

—Bueno, pues, adiós, Enrique.

—¡Adiós, Elena!

—¡Adiós!

Enrique iba a bajar la pasarela, pero volvió a detenerse, mirando fijamente a su esposa, que parecía interrogarle. Al fin, sonriente, indicó:

—Tú lo que quieres es que te diga: "quédate."

Elena no se atrevió a negar.

—Sí, es verdad, y tú lo que quieres es que te diga: "ven conmigo".

—Sí, no lo niego.

—Pues dime: "quédate, mujer".

—Pero tú tienes que decirme: "ven, hombre".

Rieron de aquel pugilato que tenía algo de infantil, pero que en el fondo era un anhelo de que no hubiese vencedores ni vencidos en el sereno tratado de amor.

Elena añadió al fin, con suave generosidad:

—Lo que quieras. Anda, di: "quédate, mujer".

—“Quédate, mujer”... Pero tú me has prometido...

—Sí, “ven, hombre”... ya está.

—Ya está.

—Pero quedamos igual que antes.

—Vamos a preguntárselo a la suerte...

Un oficial indicó a Enrique:

—Dejen libre la pasarela.

Pero él, sin atenderle, sacó del bolsillo una moneda de plata y dijo a Elena:

—Si sale cara, vuelves a casa.

—Si sale cruz, vienes a América.

Echó al aire la moneda, y en el momento en que iba a recogerla, un oficial le tocó bruscamente el brazo.

—¡Fuera de aquí!

Enrique saltó a bordo y no pudo alcanzar la moneda, que cayó al agua, siendo imposible, en el segundo que flotó en la superficie, adivinar de qué lado había caído.

Elena exclamó, riendo:

—¡Cruz!

—¡No, cara!

Acababan de sacar la pasarela. El barco iba a zarpar. Enrique, sonriente, concedió:

—Bueno, pero vamos a medias. Seis meses yo contigo y los otros seis meses tú conmigo.

Ella le abrazó con verdadera emoción.

—Pero los míos primero... ¡y para toda la vida!

Sonó la sirena del barco como un homenaje a la reconciliación. Y marido y mujer juraron quererse siempre, recuperar con la intensidad del cariño el tiempo perdido, los largos años de separación, en que cada cual fué por su lado...

Ahora todo sería distinto. Siempre juntos. Ella, plegándose a la voluntad de él: él sin negarle a la esposa los derechos de ser artista y admirada por todos los públicos. Y vivir así, en esta atmósfera de comprensión, sin que les separase nada más que la muerte... Una muerte muy lejana, lo más lejana posible, rodeados de cariño en el jardín de su plácida felicidad.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PAPA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 18. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- La vida alegre
El gran desafío
Miguel Korzeff o el
Correo del zar.
La prisionera que supo
amar.
El coche número 11.
Sin familia.
Mata-Niutrom.
Nunca, el hombre que se
vendía.
Cobra.
El día de Montecarlo.
Vida bohémica.
Evas.
¿Adiós, inventador!
El judío errante.
Las mujeres oscuras.
La H. Ramona.
Casimira.
Hotel imperial.
Dan Juan, el bugliador
de Sevilla.
Nacra mundial.
El último día.
Serao Gusto.
Los vendedores del fuego.
La misteriosa de un
barón.
El demencia y lo ajeno.
La resaca del lobo.
La vida de todos.
Tribul.
El rey de ayer.
La ciudad castigada.
Serao y arena.
Ayudas invisibles.
El toronado Malicoro.
El extraño forajido.
El jardín del edén.
La hermosa marit.
Femina.
Una conzeta.
El refugio camuflado.
Ana Karman.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Alos.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El árbol de la calle.
La última cita.
El reinado.
Amante.
Mouly Rouge.
La historia de la Gre-
ta.
Sin Al.
Los cuatro diables.
El rey, reyosa del
volas. Volga.
La estrofa patética.
Un cierto muchacho.
¿Maldad!
La cura de Singapur.
La actriz.
Mister Wu.
Roberto.
El Cementerio.
- Las tres pasiones.
La melodia del amor.
Cristina, la Holandesa.
Viva Madrid, que es
mi pueblo!
Sombras negras.
La noche azulada.
Los castores.
Fotón.
El mundo de Montecarlo.
La mujer ligera.
Virgenes modernas.
El pagano de Tahiti.
Carrolla diáspora.
La vida del 28.
Joto es al oleo.
Expeditores.
Ovulación.
Omnívoros salvajes.
El caballero.
Egipcio.
La máscara del diablo.
El pez nuestro de cada
día.
Vieja hisidalgia.
Fresquita.
Ternición.
El secador.
El beso.
Ella es va y la guata.
Los hijos de nadie.
El secador de por-se.
Santa Isabel de Corea.
Las dos hermanas.
La canción de la tierra.
El mundo de un beso.
La rapsodia del recuerdo.
Delirio.
Del mismo barro.
Fosforadas.
Cerro de infameza.
Cimera.
Monsieur Sans-fines.
Sambor de gloria.
Wouba.
Ladrón de amor.
Wally (la gran paraña).
El volador.
De trenes, marchas!
Pelo.
El preñido.
Romance.
El gran chasco.
Tumbado.
El día del mar.
Ayer Chelita.
Sevilla de mis amores.
Los chicos nuevos.
Sin-tir edición popu-
lar!
El mal.
El mal.
El pelo azul.
Solo los echos de París.
Wol-shank.
Montecarlo.
Commo del teatro.
Mio serjal.
Alulux!
- La mujer que amamos.
Al compás de 3/4.
La princesa se enamora.
Amoroso de amor.
El gran drama (edición
popular).
Du Barry, mujer de
diablo.
La vida alegre (edición
popular).
Agallas del indio.
Custio y alma.
El amorito.
Espasa a través.
Escuela de la vida.
Fritz Galé.
Hay que pasar el año
crist.
Inspiración.
El proceso de Mary
Duxan.
En cada sueño un amor.
Marmiro.
¿Conoce a tu mujer?
El millón.
La mujer X.
Serao alegre.
Mar de fondo.
La bella agresta.
La bruta amarilla.
La ley del barón.
Vides trupidas.
La hora del mar.
Tribú.
El pasado negro.
Fupa piedras largas.
Teader Hama.
Un yamón en la corte
del rey Arturo.
El edición penal.
La pura verdad.
Maternidad, o el derecho
la vida (obra de ar-
te).
Carón (La tragedia de
la vida).
Estudiamos.
Los peregrinos de Shippo.
Ora vitalia.
El camino de la vida.
Noche de Viena.
Mami.
Serao trera.
Cher-Hil.
Esa era otra vez.
Canciones de laja.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Mistero Sain.
¿Cuándo te casarás?
Marlana.
El zorro amarillo.
Honestidad a tu madre.
Se afirma noche.
Los alegres chicos de
Viena.
Viva la libertad!
Maldad.
El reinado del amor.
- Deliciosa.
Cielo rubado.
Amargo idioma.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que amará.
¿Educa!
La calle.
El protago.
Willeta de par.
Amores de medianoche.
Miguel Korzeff o el
Correo del zar (edición
popular).
La hermosa Ana Solalain.
El demencia y la carne
(edición popular).
Los cuatro diables.
Los viajes de la Virgen.
Patria de bella.
Alma viva.
Al Capone (Plástico en
Chicago).
Mi último amor.
Muchachos de uniforme.
Marion y Muzic.
Mata-Hari.
Concencia (obra de se-
ria).
Caccedera.
Serao una vez un vala.
Hombres en mi vida.
Miedo.
Mistero.
Indescrible.
Tarán de las monas.
El tarón del tiempo.
La vida del mundo por
Dancelas Garibanda.
Clics bien.
Reclan curado.
Champ (El campeonato).
La strip del jaguar.
Los amores de José Mo-
rice (obra de serie).
El tablero de la noche.
Arator Lerón.
La vida del 11.
Amor en venta.
El secado de Madalén
Cruces.
La casa de las mujeres.
Típicos del ciclo.
El proceso Dreyfus.
La vida de un gran re-
toro.
El último verano sobre la
Tierra.
Fantomas.
Violeta Inocencia.
Soy un festivo.
Tercera.
La escuela de las estrellas.
Grand Hotel (obra de
serie).
Hollywood al drama.
Serao roja.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada ya Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

EL MAGNÍFICO POEMA

EL HIJO DEL DESTINO

por RAMÓN NOVARRO. Sentimental
historia de un bello amor imposible.

En preparación:

EL ENEMIGO EN LA SANGRE

Sensacional asunto FUERA DE SERIE.
¡Lo que todos deben saber! ¡El pecado
de los padres pagado por los hijos!
Obra declarada de utilidad nacional.

LA DELICIOSA OPERETA

ELLA O NINGUNA

por GITA ALPAR

Recuerde usted los siguientes títulos:

EL AZUL DEL CIELO * MERCADO DE MUJERES

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

LOS MEJORES FILMS

Coleccione usted los nuevos
facieros de
Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elsa-
sa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO,
por Frédoite Hélin.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe
Menjou y Barbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por
Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por
Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard,
Pauline Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un
coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner
Baxter y Marlan Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Law-
rence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA,
por Selly Ellers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward
G. Robinson, Lorella Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por Wil-
liam Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y DIDI, por
Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marlen Marsh
Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George
O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Jean
Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swen-
son, Walter Byron y Seena Owen.

Lujosa presentación, 8 interesan-
tes fotografías en papel couché.

Precio: 50 céntimos

NÚMEROS PUBLICADOS:

Chandú (Fantasía oriental)

por Edmund Lowe e Irana Ware

El dinero tiene alas

por Will Rogers, Dorothy Jordan,
etcétera

No quiero saber quién eres

por Liane Haid y
Gustav Froehlich

La mujer pintada

por Peggy Shannon
y Spencer Tracy

¡Aló, París!

por Josette Day y Wolfgang Klein

Pájaros de noche

Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

La bailarina Sans-Souci

por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.

Una aventura amorosa

Mary Glory, Albert Préjean, etc.

De pura sangre

Clark Gable, Madge Evans, etc.

Intimable presentación. 8 inte-
resantes fotografías en papel
couché. Precio: 50 céntimos